# EL REINO DE TAIFAS DE ZARAGOZA: ALGUNOS ASPECTOS DE LA CULTURA ARABE EN EL VALLE DEL EBRO*

Por Jacinto Bosch Vilá

"Triste destino de España ha sido siempre tener que doblar el esfuerzo, primero para crear las glorias y después para defenderlas."

(EMILIO GARCÍA GÓMEZ, en al-Šaqundī, *Elogio del Islam español* [Madrid-Granada, 1934], páginas 20-21.)

*La historia de la España medieval nos presenta muchos aspectos interesantes. Uno de sus cuadros más significativos lo constituye la invasión musulmana, con todas las innumerables consecuencias que la estancia y dominación de aquellos árabes y beréberes acarreó. No puede silenciarse ni tampoco soslayarse, porque sería injusto, que nuestra península hubo de sufrir en un trato de casi ocho siglos, que no transcurrieron en vano, influencias marcadas que habían de aparecer en nuestras costumbres, en nuestra lengua, en nuestras instituciones, muchas de ellas moldeadas por el pueblo musulmán. Y no tiene nada de extraño que así sea.*

*No se comprende cómo una ola de prejuicio antiárabe ha venido desarrollándose desde siglos sin que, pese a las más recientes investigaciones histórico-culturales, consiga vencerse del todo. Para toda persona de mediana cultura y que no juzgue con prevención ha de ser evidente que si dos pueblos entran en contacto por medio de la guerra, recibirán influencias mutuas que se traducirán de muy diversas formas. Si uno de estos pueblos es superior al otro y llega a dominarlo, las probabilidades de transmitirle un legado cultural más alto están a su favor. Imaginemos por un momento la impresión profundamente admirativa que a los sencillos españoles del Norte habían de causar las suntuosas cortes musulmanas,*

* Este trabajo que aparece, íntegramente, en las páginas de esta Revista, fue escrito en 1951 y mereció el *Premio "Francisco Codera"* del mismo año, creado por la Institución "Fernando el Católico", siendo su autor Profesor de Lengua y Literatura Arabes en la Facultad de F. y Letras de la Universidad de Zaragoza.

*no ya las del califato, sino las de los reinos de taifas como Sevilla, Toledo, Zaragoza, dignas émulas de la Córdoba famosa.*

*La imitación y aun la copia, en muchos casos, tienen su explicación, que, sin embargo, tardará en hacerse comprender. Porque ya se ha dicho* [1] *que es difícil, en primer lugar, percibir y apreciar dónde se encuentra realmente esta imitación. Pero no es menos cierto que hay un interés, quizá excesivo, en negar cuanto se nos antoja adquirido, y más de pueblos que por motivos raciales o religiosos se tachan de inferiores. Si la influencia viniera de las antiguas Grecia o Roma, hasta parecería para algunas mentes meritoria y honrosa; y, sin embargo, se menosprecia si aquélla viene de un pueblo que convivió con el hispano durante más de siete siglos y por un sentido impropio que se concede a la palabra musulmán. Son muchos todavía los que confunden los términos árabe y musulmán, sin atender que el primero hace relación a la raza y el segundo a la religión. Por lo tanto, si se habla de hispanolatinos, hispanogodos e hispanomusulmanes, "tan español —dice Ribera— es Averroes como Séneca, con la particularidad de que Averroes nació, estudió, vivió y escribió en Córdoba, y Séneca, si nació en Córdoba, floreció en Italia; y tan español es el poeta popular Abencuzmán como Marcial, con la diferencia de que Abencuzmán hablaba y escribía en lengua vulgar española, y Marcial en la clásica latina"* [2].

*No diría yo, como Ribera, que son tan españoles unos como otros, sino que lo son más aquellos que, además de su nacimiento, se formaron en el suelo patrio y con su saber y sus méritos personales contribuyeron a su florecimiento cultural. Y en este aspecto, ¿no son los musulmanes españoles los que tienen un gran caudal a su favor? Pero bien es verdad que cuanto más profundas y arraigadas son las huellas que otros han dejado en nosotros, más nos avergonzamos de confesarlo. ¿No se publican a los cuatro vientos los restos gloriosos de nuestra civilización en Hispanoamérica? Pues, ¿por qué no se recuerdan estas señales de vida y de civilización que los musulmanes españoles han dejado en todo esto nuestro que otros pueblos han recibido de nosotros? Si no es por una vergüenza pueril o por un orgullo maduro, no se comprende que persista todavía tal prejuicio y tal silencio.*

*Es indudable que podría existir un impulso atávico negativo*

---

[1] Julián RIBERA, *Orígenes del Justicia de Aragón* (Col. de Est. Ar., II); Zaragoza, 1897, p. 201.

[2] Julián RIBERA, *El arabista español*, en "Disertaciones y opúsculos", I; Madrid, 1928, p. 468.

*con respecto a los musulmanes, por el hecho de lo que se vino en llamar Reconquista a algo que duró ocho siglos. Esto parecen demostrar las lamentaciones jeremiacas de que aparece impregnada la literatura española a partir del siglo XVI. El ambiente era, entonces, decididamente hostil a todo lo que fuera "moro", palabra que en muchos labios debía de sonar casi con el mismo desprecio con que algunas personas, inconscientes o ignorantes, la pronuncian todavía. A ellos, a esos "moros", se podían achacar, impunemente, cuantos males desgarraban el suelo español.* HERNÁN PÉREZ DE OLIVA *dice que si todas las ciudades hubiesen resistido a los "sarracenos" como Córdoba, su patria, "no echaran de* nuestros *templos* nuestra *santa religión, no nos dieran que llorar en la sangre de los* nuestros *hasta* nuestros *días"* [3]. *Para* FERNÁN PÉREZ DE GUZMÁN, *la entrada de los moros en España era "historia triste e llorosa / indigna de metro e prosa"* [4]. AMÉRICO CASTRO [5] *expone con muy buen acierto cuál era el sentir de estos autores al recalcar con el posesivo* nuestros *—repetido cuatro veces en dos líneas— lo alejados que se sentían unos de otros. Eran extraños ya, porque la tolerancia de que tanto musulmanes como cristianos habían hecho gala hasta bien entrado el siglo XIV quedó rota definitivamente. Esta actitud responde de un modo perfecto a la época, cuando el recuerdo de la dominación de los "moros" y el ahondamiento de las diferencias religiosas está latiendo todavía en el pueblo. Que esto ocurra en pleno siglo XX tiene menos explicación.*

*Los valores que presenta la dominación musulmana en España deberíamos considerarlos como algo propio, nacional y español. Y esto porque todavía a nuestro paso surgen los recuerdos en tantas manifestaciones de la civilización hispanomusulmana que han dejado marcada huella en España. No podemos negar los hechos que son evidentes. Hemos de reconocer honradamente lo que, al fin y al cabo, es nuestro, patrimonio de españoles que, salvo en algunos momentos de la historia, apenas si dejaron entrever, en largos siglos de convivencia, sus distintas ideologías religiosas. Porque, a fin de cuentas, los hispanocristianos, hispanojudíos e hispanomusulmanes están todos bajo un denominador común que los hace, necesariamente, españoles.*

---

[3] Cf. *Razonamientos sobre la navegación del Guadalquivir,* en "Obras", II, 2, según cita de AMÉRICO CASTRO, *España en su Historia* (Buenos Aires, 1948), p. 44.

[4] Cf. *Loores de los claros varones de España,* en "Nueva Biblioteca de Autores Españoles", XIX, p. 718.

[5] Cf. obra y pasaje citados.

# INTRODUCCION

No existe un trabajo de conjunto sobre las distintas manifestaciones culturales desarrolladas en Aragón durante el periodo de dominación musulmana. Muchos, y de alto valor, son algunos estudios parciales que empiezan a ser reanudados tras el largo inciso que media entre los iniciados por el maestro de los arabistas españoles, el ilustre aragonés don Francisco CODERA Y ZAIDÍN, continuados por su discípulo don Julián RIBERA Y TARRAGÓ, y el renacer que queremos ver actualmente. Los múltiples aspectos que presenta la cultura árabe y Aragón, y la convivencia de musulmanes y cristianos en la región del valle del Ebro, bien merecen un estudio; pero estas manifestaciones son tan numerosas y tan fecundas que algunas de ellas sólo habrán de ser tratadas someramente a causa de la extensión que en realidad requieren.

Es natural que las huellas islámicas hayan sido y sean hondas y duraderas. Es sabido que los musulmanes se establecieron en la amplia zona designada en los textos de los historiadores árabes con el nombre *de al-ṯagr al-aʿlà* (Marca Superior), con miras defensivas y como límite entre el país de los cristianos y el imperio musulmán de al-Andalus. Esta zona avanzada del Islam español, la que figura con carácter más destacado por su papel histórico en el cuadro general de la España musulmana, tuvo un florecimiento cultural espléndido durante el siglo XI. Además, este brotar y este nacer vigoroso, que no fue algo estático que cayera fríamente sobre el territorio peninsular, se fue infiltrando en los cristianos que mantuvieron relaciones frecuentes, no siempre, precisamente, en los campos de batalla, con los musulmanes [6]. Y todavía se realzaría y perfilaría más esta influencia cuando las principales ciudades musulmano-aragonesas pasaron a poder de los cristianos gracias al empuje dado por Sancho Ramírez y sus hijos. No cuesta mucho imaginar la comunicación estrechísima en que forzosamente hubieron de vivir cristianos y musulmanes después de estas conquistas,

[6] Cristianos y musulmanes luchaban a veces en el mismo bando. Véase el caso del Cid, que combate a los condes de Barcelona y permanece años en la corte de los Banū Hūd, príncipes de Zaragoza.

en las mismas ciudades, en el campo, en los mercados y fusionando aportaciones mutuas. Prueba de ello son los fueros concedidos por los distintos monarcas aragoneses, en los que se regulan las relaciones entre unos y otros. Sólo un desconocimiento absoluto de la historia de Aragón en la Edad Media puede ser el origen y la causa de que se desvalorice y se niegue lo que debemos a los musulmanes españoles en sus periodos de grandeza.

*El esplendor de los reinos de taifas.*—No podemos decir que el estado cultural de los musulmanes fuera el mismo desde su llegada hasta su completo establecimiento y desarrollo en los distintos puntos de la península. Durante los tres primeros siglos de la conquista, ocupados los musulmanes en resolver sus complicadas cuestiones internas, de orden político, y de organizar su sistema defensivo a fin de asegurar sus fronteras con los cristianos, puede decirse que la atención consagrada a las manifestaciones literarias o a las ciencias aplicadas —Astronomía, Medicina, Matemáticas— fue casi nula, teniendo escasos cultivadores, incluso en estas últimas, a pesar de la gran utilidad que su estudio podía reportar en el orden práctico. La vida lánguida que va arrastrando todo aquello que puede tener altura científica en estos primeros tiempos de la dominación musulmana es evidente. Lo confirma el hecho de que apenas si quedan algunos nombres aislados destacándose, y no con excesivo vigor, sobre panorama tan árido.

Hay que llegar hasta la mitad del siglo IV de la hégira (siglo X) para que, bajo la decidida protección de ʿAbd al-Raḥmān III y, sobre todo, de su hijo, el culto al-Ḥakam II, empiecen a florecer los estudios y pueda hablarse de un verdadero renacimiento —nacimiento, mejor— cultural. Córdoba, ciudad en la que se daban cita sabios y literatos de todo el imperio, atraídos por las noticias que se recibían, tanto en Oriente como en Occidente, de sus innumerables bellezas y de su vida cómoda y fácil, fue el primer centro y sede del saber. Pero la suerte política, que tan bruscos cambios suele originar en la vida de los pueblos, había de dar al traste con todo aquel esplendoroso surgir.

El desmoronamiento estrepitoso del califato anularía el poder centralizador de Córdoba como capital del imperio musulmán en Occidente. El estallido de la *fitna,* que con tanta amargura había de describir el coloso Ibn Ḥazm, obligó a huir a la mayor parte de los literatos y científicos a zonas más seguras. Y es entonces cuando el valle del Ebro va a adquirir grandes proporciones, sirviendo de fondo al trasplante de una esplendorosa cultura.

Los reinos de taifas, con sus reyezuelos celosos de saber, intentarán emular el esplendor de Córdoba. Esta, que habrá perdido ya su rango de capital por excelencia y que habrá dejado de ser la única metrópoli espiritual de al-Andalus, dejará como herederas dos zonas de la península: la primera, en el Sur, preferentemente, es centro de artistas, poetas, literatos; la otra, al Norte, con Toledo y Zaragoza como capitales, será la región elegida, sobre todo, por los matemáticos, los astrónomos, los médicos y los filósofos. Si brillante fue la primera, no le fue en zaga la segunda, donde se dieron cita las personalidades más ilustres del campo científico.

*Ambiente propicio en el valle del Ebro para el desarrollo cultural.*—El *ṯagr al-aʿlà,* que comprendía una amplia zona, mayor de la que hoy comprende el Aragón propiamente dicho [7], presenta una característica que conviene resaltar, y es que, a pesar de que en distintas ocasiones, y por conveniencias de orden político, los valíes de la frontera realizaron alianzas con los francos, a diferencia de Cataluña, nunca se inclinaron al lado de éstos de un modo decidido. Quizá porque en lo más profundo de su ser histórico latía un espíritu de independencia puesto a flote en los numerosos chispazos de rebeldía que en la Marca Superior tuvieron lugar ya desde los primeros tiempos de la conquista [8].

Al formarse los reinos de taifas cristalizaba de un modo definitivo el ansia de individualismo de que los musulmanes aragoneses habían hecho gala durante generaciones sucesivas. Recuérdese, si no, la familia de los Banū Qāsī y los intentos de los tuyībíes hasta que Mundir b. Yaḥyà consiguió hacerse independiente y formar el reino de taifas de Zaragoza.

Ya en los primeros tiempos de la conquista se asentaron en la capital de la Marca Superior y en todo el valle del Ebro elementos que más tarde se beneficiaron de la amplia corriente que, arrancando del Sur de al-Andalus, fue subiendo hacia el Norte a medida que se precipitaban los acontecimientos políticos. Esta semilla había de fructificar rápidamente, porque el valle del Ebro tenía probabilidades de llevar a cabo un florecimiento cultural por los mismos elementos que constituían su población. Establecidas en todo el rico

---

[7] Comprendía el *ṯagr al-aʿlà:* Zaragoza, Tudela, Calatayud, Daroca, Huesca, Barbastro, Lérida, Fraga, Balaguer, Medinaceli, Guadalajara y sus castillos. Cf. *Al-Ḥulal al-Mawšīyya fī ḏikr al-ajbār al-marrākušīyya,* "Crónica anónima de las dinastías almorávide y almohade". Texto árabe publicado por J. S. Allouche, Rabat, 1936. Colection Text. Arabes, publicada por Inst. des Hautes Etudes Marocaines, vol. VI, p. 59.

[8] La figura más destacada de este movimiento de oposición al poder central es Muza, el Banū Qāsī, titulado orgullosamente "el tercer rey de España".

valle las tribus de la nobleza árabe, con algunos pequeños núcleos beréberes, a partir del siglo XI, y ya sin que experimente ningún eclipse en los siglos sucesivos, la corte que tiene su sede en Zaragoza verá sobresalir, hasta en sus mismos soberanos, científicos y literatos de alta categoría que disfrutarán de justa fama, algunos de los cuales servirán de modelo a generaciones futuras.

## ASPECTOS POLITICOS DEL REINO DE TAIFAS DE ZARAGOZA

### La dinastía de los Banū Tuŷīb

*Consideraciones acerca de los tuŷībíes.*—Después de los testimonios presentados por el venerable maestro Francisco Codera, basándose en la existencia de dos monedas acuñadas en Zaragoza en 415 (= 1024) y 417 (= 1026) por el ḥāŷib Yáḥyà y de otras de Mundir Muᶜīzz al-Dawla desde los años 420 al 428 (= 1029 al 1037), y por el hecho de nombrar Ibn al-Abbār [9] al príncipe asesinado Mundir al-Ajīr —el último Mundir—, parece que la sucesión establecida ya por Codera [10], de tres príncipes tuŷībíes: Mundir b. Yaḥyà, Yaḥyà b. Mundir y Mundir b. Yaḥyà b. Mundir, ha de ser admitida definitivamente sin discusión. Pero, aunque así sea, queremos hacer notar que las noticias que aparecen en las crónicas árabes hasta ahora conocidas son algo confusas y no indican de un modo expreso que existieran o que reinaran tres tuŷībíes en Zaragoza.

Para no extendernos demasiado en este punto que, por demás, estamos tratando en otro trabajo con todo detalle, apuntaremos sólo que, según Ibn ᶜIdārī, en su *al-Bayān al-Mugrib* [11], tomo III, quien toma en muchos casos como fuente a Ibn Ḥayyān, Yaḥyà b. Mundir fue el que recibió el título honorífico de Muᶜīzz al-Dawla y el asesinado por su primo ᶜAbd Allāh [12]. Pero Ibn ᶜIdārī confundió a Yaḥyà b. Mundir con el Mundir b. Yaḥyà b. Mundir, cuyo asesinato por Abd ᶜAllāh refiere en otro capítulo [13].

---

[9] Cf. Ibn al-Abbār, *Takmila* (Ed. Codera en la B. A. H., 1889), biografía núm. 409. Id. en Dozy, *Recherches* [3], app. p. XLIII.

[10] Francisco Codera, *Tratado de numismática arábigo-española;* Madrid, 1879, p. 165.

[11] *Al-Bayān al-Mugrib*, t. III, *Histoire de l'Espagne musulmane au XIème. siècle.* Texte arabe... par E. Lévi-Provençal. (Textes arabes relatifs a l'histoire de l'Occident musulman, vol. II.) Paris, Geuthner, 1930. Citado en lo sucesivo *Bayān* III.

[12] *Bayān* III, p. 221. Véase también Ibn al-Jatīb, *Kitāb A'māl al-A'lām* (Ed. E. Lévi-Provençal, Rabat, 1934, p. 231. Citado en lo sucesivo, *A'māl*.

[13] *Bayān* III, pp. 178-180.

Mundir I b. Yaḥyà fue gobernador por los amiríes en Zaragoza. Intervino en el agitado periodo de la *fitna* y se declaró independiente después de la muerte de Sulaymān al-Mustaᶜīn, "el *imām* del partido beréber". Murió en 1023 y le sucedió su hijo Yaḥyà, que, según Ibn Jaldūn[14], recibió el nombre de al-Muẓaffar. En 1029 reinaba el hijo de éste, Mundir II.

*Los últimos tuŷībíes.*—Mundir b. Yaḥyà, el último de los tuŷībíes reconocidos, que tuvo el mando de la Marca Superior, fue muerto violentamente por uno de sus generales y primo suyo, ᶜAbd Allāh b. Ḥakam (o Ḥakīm)[15], en la luna nueva de dū-l-ḥiŷŷa del año 430, o sea a fines de agosto o primeros de septiembre del año 1039[16]. Mediaban entre ellos ciertas diferencias políticas, según dicen algunos autores. Mundir, después de algunas vacilaciones, parece ser que se negó a reconocer al falso califa Hišām, que audazmente había proclamado el cadí de Sevilla Abū-l-Qāsim Muḥammad b. Ismaᶜīl ᶜAbbād, en su pretensión de agrupar al partido nacionalista árabe y al grupo eslavo en una fuerte liga contra los beréberes. ᶜAbd Allāh, en cambio, se mostraba partidario del falso Hišām II. Estas posibles diferencias y el carácter de suyo rebelde y ambicioso de ᶜAbd Allāh, que aspiraba a ocupar el trono, fueron los motivos que seguramente le llevaron a acabar de una manera tan violenta con el último príncipe tuŷībí reconocido como tal.

Cometido el alevoso asesinato, Abd ᶜAllāh prometió al cadí de Zaragoza, a quien había mandado llamar, que reconocería al entonces general *(qā'id)*[17] gobernador de Lérida, Sulaymān b. Hūd al-Ŷudāmī, que ya había luchado al lado de Mundir I en el periodo agitado de la "fitna". Pero no era ésta su intención. Había tomado sus medidas para asegurarse el trono y no estaba dispuesto a abrir las puertas de la ciudad a Sulaymān, quien, a la muerte del príncipe tuŷībí, se encontraba, según parece, en Tudela, de donde era gobernador también.

Enterado Sulaymān del asesinato de Mundir, se puso inmediatamente en marcha hacia Zaragoza con la creencia de que tendría entrada franca en la ciudad. Pronto llegaron a la capital de la Marca Superior Sulaymān e Ismaᶜīl b. Dī-l-Nūn de Toledo, tío materno del difunto Mundir, que estaba indignado por la afrentosa muerte de su sobrino.

---

[14] Cf. *Recherches*[3], I, app. XIII.
[15] *Bayān* III, 178 y en cuantas páginas a él se refiere, pone siempre Ḥakīm.
[16] *Bayān* III, pp. 178, 179 y 221-22, y *A'māl*, p. 231.
[17] *Bayān* III, p. 179, le llama "ṣāḥib".

ᶜAbd Allāh se fortificó en la alcazaba [18]. Los habitantes se levantaron contra él y le sitiaron en su palacio. Debió de resistir poco tiempo. Escapó por una puerta trasera de su palacio llevándose sus prisioneros y los tesoros de Mundir [19]. El populacho se había entregado al pillaje y a la destrucción del palacio cuando Sulaymān b. Hūd entró apresuradamente en la capital y restableció el orden. Era a principios de la luna nueva de muḥarram del año 431 (fines de septiembre o primeros de octubre de 1039). ᶜAbd Allāh b. Ḥakīm al-Tuŷībi había tenido el poder en Zaragoza, después del asesinato de Mundir, durante treinta días [20].

## La dinastía de los Banū Hūd

*Sulaymān b. Hūd.*—Sulaymān b. Muḥammad b. Hūd al-Ŷudāmī da comienzo a la dinastía de los *Hūdíes* o Banū Hūd, en la luna nueva de muḥarram del año 431 (fines de septiembre o primeros de octubre de 1039), como hemos dicho, tomando el título —laqab— de *al-Mustaᶜīn bi-llāh* [21].

Sulaymān era, desde el tiempo de la *ŷamāᶜa,* en al-Andalus, uno de los grandes jefes militares del ejército en la Frontera Superior hasta que sobrevino la *fitna.* Se apoderó, entonces, de la ciudad de Lérida y mató a su *qā'id,* Abū-l-Muṭarrif al Tuŷībí, conocido por su energía y autoridad.

Una vez Lérida en su poder, no tardaron Monzón y sus alrededores en caer bajo su mando. Como general al servicio de Mundir b. Yaḥyā, el primer tuŷībí independiente en Zaragoza, intervino en las luchas últimas del califato. En 1031 acogió al último califa omeya Hišām III en su territorio, adonde había ido a buscar refugio, y, en 431 (= 1039), la fuerza de los acontecimientos le conver-

---

[18] Ibidem.

[19] Véase nota 9.

[20] *Bayān* III, p. 192. Ibn Ḥazm, según Codera, *Los tochibíes en España* (en *Misión histórica en la Argelia y Túnez,* Madrid, 1892), p. 46, dice que 'Abd Allāh, último tuŷībí que después de haber asesinado a Mundir reinó un mes en Zaragoza, fue muerto por Sulaymān b. Hūd, lo cual sabemos es inexacto.

[21] Refieren el fin de los tuŷibíes y el comienzo de los Banū Hūd en Zaragoza: Ibn Ḥayyān, en Dozy, *Recherches* [3], I, app. XVI; Ibn al-Abbār, ibid. app. XLIII e íd. *Takmila,* biog. 409; Ibn al-Jaṭīb, íd. app. XVII, y *A'māl,* pp. 197-98; Ibn Idārī, *Bayān* III, pp. 178-80 y 221-22; al-Nuwayrī, *Niḥāyā,* "Historia de los musulmanes de España y Africa", ed. y tr. Gaspar y Remiro, publicado por el C. E. H. de Granada y su Reino, Granada, 1917, p. 109; Ibn Jaldūn, en *Recherches* [3], I, app. XIII. Véase también Codera, *Los tochibíes en España: Noticias de esta familia tomadas de Abenhazam* (en Col. Est Arab. VII), Zaragoza, 1903, pp. 323-343; Dozy, *Essai sur l'histoire des todjibides,* en *Recherches* [3], I, pp. 233-39.

tía en dueño absoluto de la Frontera Superior y fundador de una dinastía en el reino de taifas de Zaragoza.

En 435 (= 1043-1044) intervino en la querella política promovida por al-Muᶜtadid de Sevilla, por la que se constituyeron en España dos grandes partidos que venían siendo rivales desde la caída de los amiríes: el nacionalista español, representado por los príncipes de ascendencia árabe y los eslavos, y el africano, representado por los príncipes y jefes beréberes establecidos en Málaga y Granada. Estos se negaban a reconocer al califa omeya Hišām ibn al-Ḥakam, al que oponían Idrīs ibn Yaḥyà. Sulaymān b. Hūd, dada su ascendencia de puro linaje árabe, al dividirse los jefes de al-Andalus en dos facciones, se unió al partido español o andalusi, representado por Ibn ᶜAbbād de Sevilla, el eslavo Muqātil de Tortosa, ᶜAbd al-ᶜAzīz ibn Abī ᶜĀmir de Valencia, Maᶜn b. Muḥammad ibn Ṣumādiḥ [22] de Almería, Saᶜīd ibn Rufayl de Segura, Isḥāq ibn Muḥammad al-Birzālī de Carmona, Ibn Nūḥ de Morón, Ibn Jirzūn de Arcos y el visir de Córdoba Muḥammad ibn Ŷahwar, que invocaron en la oración pública del viernes en las mezquitas el nombre de Hišām al-Muwayyad, en la persona del falso Hišām. Abū Nūr ibn Abī Qūrrà, señor de Ronda y *Takurunna*, unido al partido español, invocaba a Ibn ᶜAbbād, lo cual alegraba mucho a éste. La facción beréber, en cambio, integrada por Badis ibn Ḥabbūs al-Ṣanhāŷi de Granada, Idrīs ibn Yaḥyà de Málaga y el resto de los príncipes beréberes, invocaba a su *imām* de Málaga, Idrīs b. Yaḥyà b. ᶜAlī b. Ḥammūd al-Ḥasanī [23].

Sulaymān b. Hūd sostuvo relaciones con Yaḥyà b. Ismaᶜīl b. Dī-l-Nūn de Toledo [24]. Se promovieron luchas entre ellos, motivadas por el hecho de haberse declarado algunos de los habitantes de Guadalajara partidarios del de Toledo y otros del de Zaragoza. Estas luchas duraron desde el año 435 al 438 (= 1043-44 a 1046-47), en que murió Sulaymān b. Hūd [25].

*Los hijos de Sulaymān b. Hūd. Partición del reino.*—Al morir Sulaymān b. Hūd dejó cinco hijos varones, entre los cuales dividió, en vida, el territorio que tenía bajo su jurisdicción [26]. A Aḥmad dio el gobierno de Zaragoza, que obtuvo después de su padre; a Yūsuf,

---

[22] *Bayān* III, p. 219, dice, equivocadamente, Ibn Ma'n.

[23] *Bayān* III, p. 219.

[24] Acerca de las relaciones entre Sulaymān b. Hūd con Ibn Dī-l-Nūn de Toledo, véase *Bayān* III, pp. 277-83.

[25] *Bayān* III, pp. 220 y 283.

[26] Parte de las actuales provincias de Tarragona, Lérida, Huesca, Teruel, Soria y la ciudad de Tudela y sus dependencias.

el mayor, le confió el gobierno de Lérida; a Muḥammad, el de Calatayud; a Lubb, Huesca —"que estuvo bajo la autoridad de su hermano"—, y a Mundir, la ciudad de Tudela [27]. Aḥmad, hombre astuto y ambicioso, maquinó contra sus hermanos, incluso contra el mayor, para desposeerles de los dominios que habían heredado, hasta que llegó a reunir bajo su único mando los territorios que tuvo su padre, Sulaymān [28].

*Aḥmad b. Sulaymān b. Hūd.*—Aḥmad b. Sulaymān b. Hūd tuvo el gobierno de Zaragoza y llegó a reunir todo el territorio que su padre había dividido. Tomó el título o *laqab* de *al-Muqtadir bi-llāh*. Con él, el reino de taifas de Zaragoza alcanza su máxima expansión política, al par que su mayor apogeo cultural. En el aspecto político, que es el que primero nos ocupa, al-Muqtadir incorporó a sus dominios Tortosa y Denia [29].

Reinaba en Tortosa un *fatà* de los amiríes llamado Labīb (o Nābil). Al morir éste desempeñó el gobierno otro *fatà* amirí llamado Muqātil, a la muerte del cual al-Muqtadir se apoderó del pequeño reino de Tortosa. Era el año 452 (= 1060-61) [30].

Denia estaba en poder de Iqbāl al-Dawla ᶜAlī b. Muŷāhid. Al-Muqtadir le instó y destronó, incorporando en 1076 estos territorios a los que ya poseía [31].

Sostuvo numerosas guerras con los cristianos de los reinos vecinos [32]. Uno de los hechos más importantes de su reinado es la toma de Barbastro, en 1064, por un ejército de cruzados normandos, catalanes y franceses, y su recuperación por los musulmanes a sus órdenes en 1065 [33].

---

[27] Francisco CODERA, en sus *Noticias acerca de los Banū Hūd* (en Misión histórica.... Madrid, 1892), pp. 155-56, presenta el pasaje que Ibn al-Jaṭīb dedica a la partición del reino hecha por Sulaymān b. Hūd entre sus hijos. En él, si bien leyó que "Sulaymān dividió entre sus cinco [sic] hijos las regiones de su reino", en la traducción que ofrece se nombran únicamente cuatro hijos de Sulaymān. Excluye a Mundir, que, según IBN ʿIḎĀRĪ, *Bayān* III, 222, IBN AL-JAṬĪB, *Aʿmāl*, 197, y las monedas (CODERA, *Noticias...*, pp. 157-58), era rey de Tudela. MENÉNDEZ PIDAL, *La España del Cid*, y en el mapa que presenta de la situación de España en 1050, aparece el reino de Tudela asignado a Lubb, a quien según la prueba que aducimos, correspondió Huesca.

[28] *Bayān* III, 222.

[29] Cf. *Aʿmāl*, 198 y 225.

[30] Cf. *Bayān* III, 250.

[31] Sobre Denia, véase *Bayān* III, 228; E. LÉVI-PROVENÇAL, *Mémoires d'Abd 'Allāh*, en "Al-Andalus", IV (1936), 42-43; DOZY, *Hist. Musulm. d'Espagne*², ed. LÉVI-PROV. (Leyden, 1932), III, p. 114.

[32] *Bayān* III. 224.

[33] Sobre este episodio de Barbastro, cf. op. cit., pp. 225-28. Véase también, BOSCH VILÁ, J., *Al Bakrī: Dos fragmentos sobre Barbastro*, en "Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón", vol. III, Zaragoza, 1948, pp. 242-261.

El año anterior —1063— tuvo lugar la batalla de Graus, en la que musulmanes y castellanos derrotaron al rey aragonés Ramiro I, que perdió la vida en aquella batalla [34].

Al-Muqtadir, como la generalidad de los reyes de taifas, no podía vivir sino apoyado en soldados cristianos o sometido, en cierta forma, a algún príncipe cristiano, como dice el señor MENÉNDEZ PIDAL. Pagó parias a Fernando I y a Sancho el Fuerte, siendo tributario de Navarra durante algún tiempo.

*División del reino y muerte de al-Muqtadir.* — Poco antes de morir, al-Muqtadir había recibido al Cid en su corte. Este había de desempeñar un papel muy importante en el reinado de al-Muᶜtamīn y de al-Mustaᶜīn. Murió en 475 (= 1082-83) [35]. Antes de morir, y siguiendo el ejemplo de su padre, dividió su reino entre sus dos hijos. A Yūsuf, el mayor, le dejó Zaragoza, y al menor, el *ḥāŷib* Mundir, Lérida, Tortosa y Denia, que gobernó hasta su muerte, en 1090.

Ibn al-Jaṭīb dice que al-Muqtadir murió como consecuencia de las mordeduras de un perro, hecho que se atribuye a castigo del cielo por haber mandado dar muerte a un santón que le importunaba [36].

*Reinado de Yūsuf b. Aḥmad b.* Sulaymān b. Hūd.—Yūsuf tomó el *laqab* de *al-Muᶜtamin.* Su padre, al-Muqtadir, como hemos dicho, dividió su reino entre sus dos hijos. Yūsuf al-Muᶜtamin, el mayor, obtuvo Zaragoza [37], y Mundir, Lérida, Tortosa y Denia. El afán de reunir el reino que su padre había unificado en perjuicio de sus cuatro hermanos y que, al morir, había dividido de nuevo,

---

[34] *Bayān* III, 224-25. Quizá pueda relacionarse con esta batalla la noticia que da IBN 'IDĀRĪ, en el *Bayān* III, pp. 224-25, a propósito del sitio de Huesca —que no puede ser en modo alguno el de 1094-96—por un ejército cristiano de diez mil caballeros. Dice así el texto de IBN 'IDĀRĪ: "[Los cristianos] sitiaron Huesca, en la Frontera Superior, y permanecieron en ella unos días. Luego levantaron el sitio y anduvieron por la frontera del país de los musulmanes hasta que hicieron alto en la ciudad de Barbastro". De todas maneras, permite dudar que se trate de la batalla de Graus, y, por el contrario, parece que se refiera a un asedio corto de Huesca, antes de la toma de Barbastro en 1064, puesto que no consta la victoria de los musulmanes, cosa que no acostumbran descuidar los historiadores árabes.

[35] Cf. *A'māl*, 198; *Bayān* III, 229; DOZY, *H. M. E.*² III, p. 113, nota 4, fecha el mes de octubre; *Recherches*³, II, App. p. XL, dice que murió en octubre de 1081, según Ibn al-Abbār y el *Cartás*. MENÉNDEZ PIDAL se inclina por esta fecha y no por la de 1082-83. Cf. *La España del Cid*, p. 284, nota 1; LÉVI-PROVENÇAL, *Mémoires d'Abd Allāh*, en *Al-And.*, IV (1936), p. 43, n. 1, acepta el texto del *Bayān* III y del *A'māl*.

[36] Cf. *A'māl*, 198.

[37] Cf. ob. cit., p. 199; no dice que se repartiera el reino entre sus dos hijos, sino que al-Mu'tamin "obtuvo el reino de su padre en toda la Frontera hasta que murió en el año 478 (= 1085-86)".

le llevó a sostener continuas luchas en las que intervinieron el Cid al lado de al-Muᶜtamin y Sancho Ramírez (1063-1094), y Berenguer Ramón II el Fratricida, conde de Barcelona (1036), al lado del ḥāŷib Mundir de Lérida. Estos, no obstante, no hicieron más que sufrir constantes reveses por parte del Cid, firme defensor de al-Muᶜtamin, en su mismo territorio.

Al-Muᶜtamin entregó sin el menor escrúpulo la dirección del gobierno al Campeador, tomando consejo de él para todo. De este modo le quedaba más tiempo para dedicarse a sus ocupaciones favoritas, sobre todo a la filosofía. De costumbres ascéticas, sentía —había dicho en una ocasión— que la vida era corta y que al morir no llevaría a la tumba otra cosa que la mortaja.

Un suceso importante en el reinado de al-Muᶜtamin fue el ocurrido en 1082-83 en Rueda de Jalón. El alcaide de Rueda se rebeló contra su señor de Zaragoza, de acuerdo con Yūsuf al-Muzaffar, hermano de al-Muqtadir, ex rey de Lérida, que se encontraba allí prisionero, pidiendo además auxilios a Alfonso VI. Este reunió sus guerreros y se dirigió a Rueda, en donde, muerto de improviso al-Muzaffar, y queriendo volver a la gracia de al-Muᶜtamin, urdió el alcaide una estratagema cuyo fin era atraer al interior del castillo a Alfonso y darle muerte. Pero, en su lugar, acudieron primero sus mejores capitanes, que fueron muertos traidoramente por los musulmanes parapetados tras las murallas. Era en enero de 1083.

*La reiterada aspiración a Valencia.*—Quizá el hecho político más importante o, al menos, el que revela el tradicional interés de los reyes de Zaragoza por incorporar a sus dominios el reino de Valencia, es el compromiso matrimonial que hizo al-Muᶜtamin de su hijo al-Mustaᶜīn con la hija del visir de Valencia, Abū Bakr Muḥammad b. ᶜAbd al-ᶜAzīz. De este modo confiaba conseguir para su hijo lo que su padre, al-Muqtadir, no consiguió, a pesar de la gran cantidad de dinero que había entregado a Alfonso VI para obtenerla. La boda se celebró, con todo esplendor, la noche del 26 al 27 de ramadán del año 477 (= 26-27 de enero de 1085). Según Dozy, las mismas circunstancias políticas favorecieron a al-Muᶜtamin. Abū Bakr fue nombrado por al-Ma'mūn gobernador de Valencia, y a la muerte de éste, en 1075, se declaró independiente, poniéndose bajo la protección de Alfonso VI. Sin embargo, un nuevo acontecimiento iba a poner en peligro su gobierno. Los avances del emperador y el sitio que pone a la ciudad de Toledo lleva a su rey, al-Qādir, nieto de al-Ma'mūn, a pactar con Alfonso,

acordando que el musulmán cedería Toledo a cambio del gobierno de Valencia, como así sucedió (1085).

El giro que tomaba el asunto alarmó a Ibn ᶜAbd al-ᶜAzīz y se apresuró a buscar la ayuda de al-Muᶜtamin, de Zaragoza, cuyo interés por Valencia conocía, ofreciendo a su hija en matrimonio para el hijo del Banū Hūd de Zaragoza, el futuro al-Mustaᶜīn[38]. La ocasión no podía presentarse mejor, y, naturalmente, al-Muᶜctamin se apresuró a aceptar la proposición, abrigando la esperanza de que, al menos, su hijo pudiera ver aumentados sus territorios con la tan codiciada ciudad de Valencia.

Pero Valencia no llegó a incorporarse a Zaragoza. Muerto Abū Bakr en Valencia, el viernes 7 de safar del año 478 (= 4 de junio de 1085), cuatro meses y diez días después de la boda de su hija[39], la ciudad se dividió en varios partidos. Siguió ocupando el reino, por pocos meses, el hijo de Abū Bakr, hasta que, por fin, decidió entregar la ciudad a al-Qādir, quien, como nieto de al-Ma'mūn de Toledo y protegido de Alfonso, tenía más títulos que ningún otro. La pasividad de al-Mustaᶜīn, sucesor de su padre, y la voluntad de los valencianos, que se negaron, en su mayoría, a unirse al de Zaragoza, hicieron que, una vez más, Valencia escapara de las manos al Banū Hūd.

*Reinado de Aḥmad b. Yūsuf al-Mustaᶜīn.*—Al-Muᶜtamin había muerto en 478 (= 1085-86). Su hijo, al-Mustaᶜīn, comenzó a reinar en Zaragoza en uno de los periodos más agitados y difíciles y, sin duda, el de más trascendencia política de la segunda mitad del siglo XI. Alfonso VI tenía atemorizados a todos los príncipes musulmanes de al-Andalus. Tras las devastaciones del territorio de al-Muᶜtamid de Sevilla en 1082 y 1083, siguió la conquista de Toledo (1085). Alfonso VI, además, había manifestado su interés por Zaragoza, a la que llegó a poner sitio. Por otra parte, el creciente poder de los reyes de Aragón, que amenazaban sus fronteras y pretendían apoderarse de Huesca, creaba una situación de peligro constante para al-Mustaᶜīn. La enemistad con su tío Mundir de Lérida, que también ambicionaba Valencia, y la presencia del Cid, no siempre un fiel aliado, unido al peligro de los almorávides,

---

[38] Cf. *Bayān* III, 304, Dozy, *H. M. E.ª*, III, p. 226 y apéndice al *Bayān* de los fragmentos de una crónica anónima de los reyes de taifas; no se menciona a Musta'īn. Parece que quieren significar que la hija del visir de Valencia casó con al-Mu'tamin. Pero ello no es posible. Le llama Aḥmad Abū Ŷa'far, siendo que al-Mu'tamin se llamaba Yūsuf. Por lo tanto, habrá equivocado el "laqab".

[39] Ibidem.

que acababan de pisar la península y que iban dominando todos los reinos musulmanes del Sur, son motivos más que suficientes para apreciar el momento político y las críticas circunstancias en que ocupó el trono de Zaragoza Aḥmad al-Mustaᶜīn bi-llāh.

Al-Mustaᶜīn fue derrotado por los cristianos aragoneses en Alcoraz [40] y perdió Huesca definitivamente (1096) como consecuencia de este desastre, que no sólo fue grave por el hecho en sí, sino porque el ejército de Pedro I, enardecido, se dirigió hacia Zaragoza, a la que puso sitio, si hemos de creer el testimonio de Ibn al-Jaṭīb [41].

La posición de al-Mustaᶜīn no podía ser más difícil. El reino de los Banū Hūd, débil y mermado, no podía hacer frente con éxito a sus poderosos vecinos. Los almorávides, por su parte, rondaban las fronteras del reino de Zaragoza. En 1102 habían ocupado Valencia, Tortosa y la que fue sede del gobierno del enemigo de al-Mustaᶜīn, su propio tío Mundir, a quien había sucedido su hijo Sulaymān, de menor edad. Y en la misma capital de al-Mustaᶜīn los almorávides contaban con amigos y partidarios que, sin duda, les abrirían las puertas de la ciudad.

Como a al-Mustaᶜīn le interesaba, ante todo, conservar el trono, no dudó en aliarse con cristianos o almorávides. Al menos intentó tener a ambos contentos, cosa que consiguió durante algún tiempo. Pero la ambición de unos y otros era mucha y el reino de los Banū Hūd estaba predestinado a cambiar pronto de mano. Aunque próxima, no había llegado todavía la hora.

A fin de congraciarse con los almorávides, al-Mustaᶜīn mandó a su hijo ᶜAbd al-Mālik en embajada a Yūsuf b. Tāšfīn, quien le entregó una carta [42], redactada en términos amistosos, por la que daba a entender al de Zaragoza que no ocuparía su reino. El Banū Hūd se quedó complacido, sin ver en este aparente éxito una réplica a su misma actuación. Así como él, un tiempo, favoreció al Cid con dinero y tropas, para la conquista de Valencia, con la intención de colocarle entre él y las vanguardias del ejército de los almorávides, así, ahora, el príncipe de éstos daba, por

---

[40] Musta'īn reunió buen número de caballeros e infantes, entre ellos los que había mandado el conde de Nájera, García Ordóñez. El ejército debía de ser considerable, pues "cubría cinco leguas de camino; la vanguardia pasaba por Zuera cuando la retaguardia salía todavía de Zaragoza por el arrabal de Altabás". IBN AL-JAṬĪB, *A'māl*, 199, dice que perdieron la vida cerca de doce mil musulmanes. El número de diez mil lo facilita IBN AL-ABBĀR en su *Takmila*, biog. núm. 1.785, en la que menciona la batalla de Huesca (léase Alcoraz) como "una de las más desgraciadas de al-Andalus".

[41] Cf. *A'māl*, 200.

[42] El texto de esta carta figura en *A'māl*, 220-1, y en la crónica anónima *Al-Ḥulal al-Mawšīyya* (ed. Allouche), pp. 60-61.

su parte, seguridades a al-Mustaᶜīn. Interesaba al emperador africano tener el territorio de los Banū Hūd como barrera oriental de separación entre sus dominios y los de los cristianos [43].

El reino de al-Mustaᶜīn, en realidad, se ve turbado y amenazado por el Norte, desde un principio, por las armas de los cristianos aragoneses. Sancho Ramírez, Pedro I y Alfonso I son los que, desmoronando la quebrantada fortaleza del reino de al-Mustaᶜīn, extienden los territorios bajo dominio cristiano y dan un gran avance a la reconquista del somontano aragonés, que abre el camino a la de todo el valle del Ebro.

En estas circunstancias parece increíble cómo al-Mustaᶜīn se sintió con fuerza militar suficiente para emprender la guerra santa contra los cristianos en ŷumādà último del año 503 (= enero de 1110,[44]. Entró por Tudela, hacia Arnedo, sitiándola y tomando sus arrabales. Al regresar a Zaragoza le alcanzaron los ejércitos de Alfonso I en Valtierra, a 17 kilómetros de Tudela, infligiéndole una gran derrota y pereciendo, como consecuencia de la misma, con numerosos musulmanes [45]. Era el 1 de raŷāb del año 503 (= 24 de enero de 1110). En este día, y en Valtierra, acababa sus días al-Mustaᶜīn b. Hūd. Con su muerte, la caída de Zaragoza era inminente. Los almorávides, cuatro meses después, el 30 de mayo, ocupaban la ciudad. ᶜAbd al-Mālik, ᶜImād al-dawla, su hijo, que le había sucedido, tuvo que refugiarse en Rueda. De esta forma, absorbido por los almorávides, acabó el reino de los Banū Hūd de Zaragoza.

Finalmente, tras ocho años de dominación almorávide, el 18 de diciembre de 1118, Alfonso I reconquistaba la capital del Ebro [46]. Hacía un siglo que Mundir b. Yaḥyà se había hecho independiente de Córdoba.

Los Banū Tuŷīb y los Banū Hūd, reyes de Zaragoza, habían ya cumplido su papel en la Historia.

---

[43] Para congraciarse envía a su hijo 'Abd al-Malik a la jura solemne del hijo de Yūsuf, 'Alī, como príncipe heredero, con un presente espléndido. Llevaba consigo, entre otros regalos, catorce arrobas de objetos de plata que llevaban labrado el nombre de al-Muqtadir b. Hūd, abuelo de al-Musta'īn. Estos objetos fueron convertidos en quirates almorávides, que fueron distribuidos al público el 12 de dū-l-ḥiŷŷa de aquel año (= 16 de septiembre de 1103). Cf. *A'māl*, 201.

[44] *A'māl*, 201, dice, equivocadamente, que fue en 501 (= 1007-8).

[45] Cf. *ob. cit.*, p. 202. La nueva edición de los *A'māl* (Beyrouth, 1956), p. 174, pone *Arnīt* y no *Ulit* (?) como leyó CODERA, *Decadencia y desaparición de los almorávides* (Col. Est. Ar. III), Zaragoza, 1899, pp. 244-46.

[46] Véase, para la conquista de Zaragoza, J. María LACARRA, *La conquista de Zaragoza por Alfonso I*, en "Al-Andalus", XII, 1947, fasc. I, pp. 65-96.

# APORTACION DEL VALLE DEL EBRO A LA CULTURA ARABE DE AL-ANDALUS

Como sucede en muchas ocasiones, la decadencia política de los Estados no va aparejada con la decadencia cultural.

Este fue el caso del Islam español a la caída del Califato. Al fragmentarse el imperio de Occidente y formarse los reinos de taifas en los distintos puntos de la Península, un periodo de inigualable esplendor iba a empezar para las ciencias y para las letras árabes.

La debilidad política —algunos éxitos guerreros, sobre todo de al-Muqtadir b. Hūd, no pueden ser más fugaces— no fue óbice para que surgiera y se desarrollara un verdadero movimiento cultural de altos vuelos. La mayoría de los reyes de taifas y, en nuestro caso, los de Zaragoza, parece que se hallan más preocupados y que conceden más atención a las cuestiones que se debaten entre los científicos y literatos de su corte que a los difíciles y algunas veces críticos momentos de la frontera. Se sienten ansiosos de fama imperecedera, pero no concedida por las armas en el duro combate, sino por los elogios que se les atribuyen en un magnífico verso o por la dedicatoria de un libro científico.

Hay que apurar la vida hasta el máximo en un máximo de satisfacciones, parece que tengan por lema muchos de los reyes de taifas. Nada tiene de extraño que Yūsuf b. Tāšfīn, el emperador africano, se apoye en la negligencia de los reyezuelos musulmanes para explicar su caída. En apurar sus copas, oir las cantoras, escribir y oir versos, pasan su vida deliciosamente. Impiedad y corrupción intolerables para un puritano musulmán. Pero atmósfera propicia, sin duda ninguna, para dar impulso a una cultura favorecida por al-Hakam II, que se vio acrecentada durante el periodo de los reinos de taifas. No había para ellos vanagloria mayor que el que se dijera: "El sabio Fulano vive en la corte del rey Zutano", o "El poeta Tal está al servicio del rey Cual" [47].

---

[47] AL-ŠAQUNDĪ, *Risāla fī faḍl al-Andalus*, trad. E. GARCÍA GÓMEZ, *Elogio del Islam español*; Madrid-Granada, 1934. Citado en lo sucesivo, *Elogio*.

Mundir, fundador de la dinastía de los tuŷībíes de Zaragoza [48], supo asegurar para su reino días tranquilos de paz y prosperidad. Sus buenas relaciones con los cristianos [49] le llevaron a tales resultados, hasta tal punto que pretendió emular el fausto de la Córdoba califal. Las siguientes palabras de al-Ṣaqundī, no sólo se refieren a Muŷāhid y a Jayrān, sino también a Mundir. Dice [50]: "No hubo entre ellos ninguno que no gastara su riqueza en prodigalidades y de quien las alabanzas no despertaran memorias que ya no volverán a dormir a lo largo del tiempo". El mismo Ṣaqundī dice que en honor de los reyes árabes, entre los que menciona a los Banū Hūd, "se han eternizado tantas alabanzas, que, si se alabase con ellas a la noche, sería más clara que la aurora. Los poetas no cesaron de balancearse entre ellos como se balancean los céfiros en los jardines, y de entrar a saco en sus tesoros con la vehemencia del ataque de al-Barrād [51], hasta el punto de que uno de sus poetas, al ver que los reyes rivalizaban en atraerse sus alabanzas, llegó a jurar que no alabaría a ninguno de ellos en una qaṣīda por menos de cien dinares" [52].

Es cierto que todos los reyes de taifas rivalizaron en afanes culturales, pero la corte de Zaragoza no fue a la zaga. El mecenazgo que se impusieron los *tuŷībíes* y los *hūdíes*, como algo consustancial a sus mismas personas, prescindiendo de su misión política, había de dar sus frutos, máxime cuando la revolución de Córdoba hacía imposible la vida en ella a personajes cuya existencia se veía continuamente comprometida. Acosados por la amargura del espectáculo de Córdoba, saqueada y destrozada, y por la misma inseguridad personal, buscaron zonas de vida más pacífica, tales como Levante y Extremadura, pero sobre todo la Marca Superior. Como límite extremo del imperio, y con una bien ganada reputación cultural, representa un buen campo de refugio, un nuevo oasis. Zaragoza se ve, entonces, convertida en una segunda Córdoba, digna émula de su antiguo esplendor.

Constituyen legión los personajes que emigran de Córdoba hacia el Norte en busca de refugio y protección. Los diccionarios biográ-

---

[48] La dinastía de los tuŷībíes reinó en Zaragoza desde 1016 a 1039.

[49] En su palacio se concertó la boda del conde de Berenguer Ramón I con la princesa Sancha, hija del conde Sancho de Castilla, en 1016. Cf. IBN ḤAYYĀN, ap. IBN BASSĀM, en DOZY, *Recherches* ³, t. I, app. núm. XIV, y pp. 205-6 y 232; *Bayān* III, 176-77.

[50] Cf. *Elogio*, p. 47.

[51] Sobrenombre del guerrero árabe anteislámico Rafī b. Qays al-Kinānī, cuya bravura e impetuosidad en el ataque dieron origen a este proverbio. Cf. GAYANGOS, *Mohamm. Dynast. in Spain*, I, 330, nota 22, y *Taŷ al-'arūs* de al-Sayyid Murtadā, V, 6, 1, 5. Según GARCÍA GÓMEZ, *Elogio*, p. 48, n. 25.

[52] Cf. *Elogio*, p. 48.

ficos, la *Takmila* de Ibn al-Abbār y la *Ṣila* de Ibn Baškuwāl, sobre todo, nos dan el testimonio de numerosísimos casos, como veremos más adelante. Este movimiento es muy digno de señalarse por las consecuencias que tuvo. Al mismo tiempo que la protección que dispensaron los monarcas a los literatos y científicos, tuvieron también una notable influencia la gran amplitud de miras, la libertad y la tolerancia de que hicieron gala los reyezuelos de la corte de Zaragoza, originando un ambiente cordial en el que musulmanes y judíos, sin perfilar ni ahondar las diferencias religiosas, vivieron en la más amplia inteligencia y comprensión.

## Los judíos en el reino de taifas de Zaragoza y su aportación cultural [53]

Ya casi desde los primeros tiempos de la invasión, los judíos desempeñaron un importante papel entre los musulmanes, y no sólo en el campo político, sino —y quizá con mayor relieve— en el cultural.

Durante el siglo XI, y con la elevación a los más altos cargos de Ibn Nagrila y su hijo José en la corte de los zīríes, Granada se convierte en el punto de convergencia de los judíos. Pero algunos de ellos, muy notables, se localizan en otros puntos, y sabido es que, ya durante los tuyībíes, dignatarios de la corte se convertían en mecenas de los judíos, y que tanto durante este periodo como en el siguiente, en el que los Banū Hūd obtienen el poder, encontraron aquéllos la más amplia protección y la mejor acogida. Este favor de que gozaron en Zaragoza fue reflejo de la asistencia y especial atención, verdaderamente ejemplar, que el ministro de ᶜAbd al-Raḥmān III, Ḥasday b. Šaprūt, dispensó a todas las comunidades judías de al-Andalus y en particular a la de Córdoba. Zaragoza, sin duda alguna, debió de beneficiarse. Al menos, así parece dejarlo entrever la serie de científicos y poetas judíos que encontraron asilo en las cortes de los tuyībíes y de los Banū Hūd.

Conservamos el testimonio de Saᶜīd al-Andalusī, que nos habla de la existencia de sabios israelitas en las provincias fronterizas de la España musulmana [54]. Siendo la del valle del Ebro la más

[53] Se incluyen aquí algunos de los autores judíos, ya que su cultura es propiamente árabe por estar escritas sus obras en esta lengua.

[54] Cf. Ibn Saᶜīd al-Andalusī, *Kitāb ṭabaqāt al-Umām* (Ed. Cheikjo, Beyrouth) y trad. Blachère (París, 1935), p. 89 texto, 158 trad. Citado en lo sucesivo: *Ṭabaqāt*.

importante de todas las que componían el imperio occidental de los musulmanes, a causa de su posición estratégica, frente al país de los cristianos, forzosamente la vida social y política organizada en esta zona había de tener unas características especiales. En cierta forma, y en determinados momentos de la historia, había de ser un centro propicio y favorable al desarrollo de toda clase de actividades.

En Zaragoza aparece a principios del siglo XI una de las figuras más destacadas del elemento judío, por lo que a su aportación cultural se refiere. Se trata del notable autor cordobés Marwān IBN ḤAYĀN [55]. La peste que en 1013 asoló Córdoba hizo huir a muchos judíos de ella, que se refugiaron en los puntos más diversos. IBN ḤAYĀN fijó su residencia en Zaragoza, donde escribió sus obras y donde murió en 1040.

Es curioso escuchar de labios de este autor palabras que no dejan de sorprender a primera vista si consideramos que el reino de taifas de Zaragoza fue uno de aquellos reinos en que se respiraba un ambiente científico más saturado. En una ocasión se queja IBN ḤAYĀN, con gran amargura, "de la ignorancia y estupidez" de las gentes en medio de las cuales vive. DERENBOURG [56] hace notar, a propósito de estas palabras, la diferencia de las circunstancias y condiciones de vida que existían entre el Norte y el Sur de al-Andalus. El movimiento científico-literario de esta última zona, con su capital Córdoba, centro de máxima atracción como capitalidad del occidente musulmán, no tenía igual en el resto de la península. En el Norte, en Tortosa y en toda la ribera del Ebro, y por lo tanto en Zaragoza, también, donde se había establecido nuestro autor, quizá por su calidad de ciudades próximas a la frontera, existía una intensa actividad comercial. Es incuestionable que a una inteligencia refinada y cultivada como la de IBN ḤAYĀN hubo de sorprenderle el cambio, y sus palabras son un precioso documento que nos demuestra las diferencias que se acusaban dentro del mismo ámbito de la España musulmana.

Quizá sean un poco exageradas las afirmaciones de DERENBOURG [57] cuando dice, apoyándose en las palabras citadas, que no existían escuelas, ni se cultivaba la ciencia, ni existía la literatura.

---

[55] Sobre este autor, cf. *Jewish Encyclopedie*, VI (1904), pp. 534-5; LECLERC, *Histoire de la Medicine*, París, 1876, I, 554; SARTON, *Introduction to the history of the science*, Baltimore, 1931, vol. I, p. 736; MUNK, *Journal Asiatique* (1850).

[56] DERENBOURG Y HARTWIG, *Opuscules et traités d'Abou-l-Walid Merwan ibn Djanah de Cordoue*; París, 1880, p. 139. Reseña de Isidore LOEB en "Revue des études juives", 1880, I, 137-40.

[57] Op. cit.

Siendo zona fronteriza e imperando el espíritu defensivo, es natural que fuera distinto el ambiente cultural al que disfrutaban las zonas del interior, en las que no se dejaba sentir la presencia del enemigo. No podemos hablar, y menos en el valle del Ebro, de un modo unilateral, puesto que su condición de región fronteriza había de darle un aire abigarrado y múltiple, donde los contrastes habían de ser muy acusados.

No sabemos, de todas formas, si debe darse un sentido tan amplio a las palabras francamente despectivas de IBN ḤANĀḤ. Se diría más bien que encierran algo de animadversión personal o resentimiento. No se explican, si no, en un autor que se mueve en la corte de los tuŷībíes, donde residen los mejores poetas hebraicos y árabes, atraídos por las dádivas de Mundir b. Yahyà [58].

Parece comprobado un testimonio de otro poeta hebraico, ŠELOMÓ IBN GABIROL, de profundas resonancias bíblicas, que al abandonar Zaragoza, en 1045, se despide de sus habitantes con violentísimas palabras para quienes —según él— ha sido su compañía "como la de un extraño y forastero en medio de una bandada de avestruces, en medio de necios y badulaques, todos ellos engreídos, creyéndose unos sabios... Una gente cuyos progenitores no serían dignos de ser los perros de mi rebaño..." [59]. Estas mordientes expresiones responden claramente a un rencor —fruto quizá de un alma irascible y resentida— en el que algunos autores, como KLAUSNER, insisten mucho [60].

Sin alcanzar la virulencia de las de ŠELOMÓ IBN GABIROL, las palabras de IBN ḤANĀḤ pueden responder a una misma causa y no a un estado tan bajo, literario y científico, como pretenden indicar.

Lo que podemos deducir de lo expuesto, y es natural que así sea, es que el ambiente cultural del valle del Ebro, bien por los elementos de la misma región, bien por los emigrados del Sur y algunos de Oriente, era notable en la primera mitad del siglo XI, pero inferior, sin duda, al que se había vivido en Córdoba.

Los judíos del reino de taifas de Zaragoza contribuyeron al desarrollo del movimiento cultural de al-Andalus con figuras tan

---

[58] Aparte de Ibn Ḥanāḫ, florecen los notables poetas hebraicos Šelomó Ibn Gabirol, Abū 'Amr Ibn Hasday, Abū-l-Hasan Mošé Ibn al-Taqana, Levi Ibn al-Tabbān, Mošé Ibn Chicatella; matemáticos como 'Abd Allāh b. Aḥmad al-Saraqusṭī, de la escuela de Ibn al-Bargut; filósofos como 'Amr al-Kirmānī. Cf. MILLÁS VALLICROSA, *Šelomó Ibn Gabirol como poeta y filósofo;* Madrid-Barcelona, 1945, pp. 16-17.

[59] Op. cit., pp. 50-51.

[60] Prólogo en hebreo puesto por Y. KLAUSNER a su edición hebraica de la *Fuente de la vida;* Jerusalén, 1926. Cf. MILLÁS, *Šelomó Ibn Gabirol como poeta y filósofo,* p. 52.

notables como la de MENAHEM IBN AL-FAWWAL [61], la del ya citado IBN ŶANĀḤ, ABŪ-L-FAḌL IBN ḤASDAY e IBN BIKLARIŠ, entre los más notables.

Al-Kirmānī [62], de quien hablaremos más adelante, discípulo de Maslama de Madrid, da a conocer en Zaragoza *Las epístolas de los Hermanos de la Pureza,* y con ellas introduce corrientes neoplatónicas que se enlazan con la escuela filosófica de Ibn Masarra (833-931) [63], defensor y propagador del sistema del seudo Empédocles, cuya base fundamental es la existencia de una materia primera común a todos los seres, excepto a Dios.

Estas ideas místico-neoplatónicas propagadas en Zaragoza por el citado autor habían de influir notablemente en los autores de su época, incluso entre los judíos que desarrollaron su actividad literaria y filosófica en la corte de los tuŷībíes. IBN GABIROL, en su *Fons Vitae* —escrita en lengua árabe—, acusa muy profundamente esta influencia, y lo mismo el propio IBN ŶANĀḤ. Aunque éste es reputado como médico y se le considera el más eminente de los filólogos hebraicos, bebió cultura árabe mientras residió en Córdoba y continuó haciéndolo durante su estancia en Zaragoza. Así, no es de extrañar que su obra filosófica se haga eco de esta influencia neoplatónica que acabamos de reseñar.

No fue menos famosa la figura del zaragozano MENAHEM IBN AL-FAWWĀL. Contemporáneo de IBN ŶANĀḤ, se destacó visiblemente sobre los demás, y no es nuestro el juicio favorable que su persona merece, sino de Saᶜīd al-Andalusī. Este testimonio es más estimable de lo que aparenta si pensamos que este autor, residente en Toledo, es natural que se ocupara de las figuras destacadas, o al menos de las que gozaban de un relieve especial sobre el resto de los habitantes de una determinada zona. Dice Ibn Saᶜīd que "este sabio se distinguió mucho en el arte médico, y era muy versado en Lógica y en todas las ciencias filosóficas" [64].

Esto que acabamos de apuntar demuestra que el índice negativo que parece desprenderse de las ya citadas palabras de IBN ŶANĀḤ y de IBN GABIROL, referidas a los hispanojudíos —árabes en realidad por su producción— no era tan insignificante, ni tan ignorantes los de la Marca Superior como afirman. Incluso IBN AL-FAWWĀL no resulta una excepción en ese conglomerado enciclopédico que suelen

---

[61] *Tabaqāt,* 89 tex., 158 trad.: LECLERC, I, 548.
[62] *Tabaqāt,* 90 tex., 159-60 tr.
[63] Sobre este filósofo, véase ASÍN PALACIOS, *Ibn Masarra y su escuela,* en "Obras escogidas", I; Madrid-Granada, 1946, pp. 1-216.
[64] *Tabaqāt,* 89 tex., 158 tr.

reunir en sus personas los autores arábigo-judíos. Su famosa obra *Kanz al-muqil-l* ("Tesoro del pobre") es una especie de cuestionario en el que se contienen "todas las leyes de la Lógica y los principios de la Física [65].

Es verdaderamente lamentable que los biógrafos árabes, tan parcos en noticias, no nos den cuenta de cuáles eran, en realidad, los sistemas filosóficos desarrollados por estos autores, aunque es de suponer que siguieron el ideario introducido por al-Kirmānī. No ha de parecer extraño que así fuera, ya que en estas zonas fronterizas fue más fácil sustraerse al fanatismo popular. Por su frecuente comunicación con los cristianos, el pueblo tenía un concepto más amplio de la convivencia y no hubieron, por ello, de sufrir los filósofos el ambiente hostil y la condenación de los alfaquíes por temor a caer en herejía, como le tocó al mismo Ibn Ḥazm, en Córdoba, cuando la desmembración del califato.

Los judíos tampoco fueron ajenos al impulso que a las ciencias especulativas dieron los árabes en el siglo XI, y especialmente en Zaragoza más que en ningún otro centro cultural de al-Andalus. Nos lo confirma la presencia de un famoso escritor israelita, Abū-l-Faḍl Ibn Ḥasday, que aparece ocupando nada menos que el cargo de visir-secretario en la corte de tres príncipes *hūdíes*: al-Muqtadir, al-Muᶜtamin y al-Mustaᶜīn. Saᶜīd al-Andalusī, contemporáneo de este autor, dice que Ibn Ḥasday "reside en Zaragoza y pertenece a una ilustre familia de judíos andaluces descendientes del profeta Moisés. Este sabio ha estudiado las ciencias según un orden racional y ha adquirido una gran erudición en las diversas ramas del saber, según los mejores métodos. Domina a fondo la lengua y tiene un profundo conocimiento de la poesía y de la retórica árabes. Es notable en Aritmética, Geometría y Astronomía. Ha comprendido la teoría del arte musical..." [66].

Con este personaje se nos demuestra claramente la perfecta convivencia a que habían llegado musulmanes y judíos en este periodo. Ibn Ḥasday, de naturaleza judía, es un buen poeta en lengua árabe. El mismo Ibn Gabirol escribe, como hemos dicho, su *Fuente de la vida* en esta misma lengua, hecho que le resta influencia filosófica entre el mundo hebreo.

Muchos de estos casos de judíos con marcada predilección por lo árabe, como el del personaje de quien tratamos, fueron, posiblemente, encauzados desde un punto de vista político con miras a

---

[65] Ibidem.
[66] Véase nota 62.

conservar el brillante puesto adquirido en una corte musulmana. (No olvidemos el profundo sentido práctico de esta raza.) De aquí su afición a la lengua, a las costumbres, e incluso, en algunos, a la misma religión islámica. IBN ḤASDAY reniega de su fe religiosa mosaica, ambicioso de poder, y se hace musulmán, ya que de no hacerlo por su condición de judío, no hubiera podido ocupar los altos cargos del gobierno, dada la natural reserva de los musulmanes (que tuvo excepciones en algunos casos) a conceder determinadas atribuciones a los infieles. Por eso su conversión al Islam tiene, probablemente, como fundamento, razones políticas y no amorosas, como se ha pretendido afirmar.

IBN ḤASDAY, una vez encumbrado en el alto puesto para el que le designó el príncipe *hūdí,* dio muestras de un orgullo sin límites que le conquistó la animadversión de muchos de sus colegas, a los que ahora miraba con desprecio. Uno de ellos, IBN AL-DABBĀG [67], amigo de IBN ḤASDAY, nos lo confirma, pero suavizando sus duras frases con el consejo, dada la buena amistad existente entre ambos. Se trata de una carta que le dirigió en los siguientes términos: "Yo te he conocido —le decía— en una época en la que no rehusabas bromear con los que te embromaban y en la que no desdeñabas contestar a los que te interpelaban. Hazme saber —podría yo servirte de rescate— lo que te ha sucedido. Quizá hayas visto que la capital carecía de *cadí* y aspires a desempeñar este empleo. Pues prepárate para ocuparlo y disponte a ejercerlo. Seguramente en un momento debes de estar dispuesto a estudiar las sentencias y a ponerte al corriente de la ley musulmana. Admitamos que seas investido de esta autoridad, después de estar bien preparado para ocupar este cargo; ¿qué harás cuando se te interrogue sobre la leyenda del sábado? Deja, pues, este carácter afectado, vuelve a tu actitud habitual y a tu humildad [primera]. Finge ignorancia si un ignorante se acerca a ti y haz el imbécil con los tontos, aunque seas inteligente. No te prives del placer del abandono y no persigas [los honores] de este bajo mundo con esfuerzo continuo. [El mundo], ¡con qué facilidad vuelve la espalda y nos da la cara, y qué semejanza presenta entre su abundancia y su lepra a nuestros ojos!" [68].

Seguramente esta misiva causó el efecto deseado en el espíritu

---

[67] Poeta contemporáneo del reinado de al-Musta'īn b. Hūd. Cf. PÉRÈS, *La poésie andalouse en arabe classique au XIème. siècle* (Publicat. de l'Inst. d'Etud. Orient. Facult. Lettres d'Alger, V); París, 1937, pp. 70, 267, 310, 368; nn. 1, 414, 454. Citado en lo sucesivo, PÉRÈS, *La poésie andalouse.*

[68] Ibn Jāqān, *Qalā'id al-'Iqvān.* Boulaq, 1283 H.; Marsella-París, 1277 = 1860, p. 108. Según cita de PÉRÈS, *La poésie andalouse,* p. 267, nota 5.

de IBN ḤASDAY, porque sus relaciones con el visir árabe continuaron, como anteriormente, en una atmósfera de gran cordialidad.

Los judíos es indudable que con la notable afición viajera a que sus actividades comerciales les llevaban, afición que sólo fue superada por los árabes, representan un buen fermento en el movimiento cultural de al-Andalus. Por otra parte, el que algunos miembros de la raza de Israel permanecieran al lado de los reyes de taifas —Rabí Yekutiel Ibn Ḥasan [69], primer ministro del tuŷībí Yaḥyā ben Mundir, y el citado IBN ḤASDAY en la de los Banū Hūd— favoreció el que muchos sabios, en las distintas ramas de la ciencia, pudieran desarrollar sus actividades intelectuales. Es evidente, porque así consta, que se llegaron a penetrar de tal modo de la cultura árabe que no faltaron autores que fueron considerados como musulmanes por el solo hecho de que fuera el árabe la lengua usada por ellos.

Otra figura interesante, por su aportación cultural, es la del médico judío zaragozano IBN BIKLARIŠ [70], que llena toda una época.

La etimología del nombre de este autor parece definitivamente resuelta. Era su familia oriunda del nordeste de España, si se relaciona con el monasterio de Biclaro —fundado en el siglo VI por el obispo de Gerona, San Juan— que está situado en las montañas de Tarragona, hoy la villa de Vallclara. La designación de "el Biclarense", con que aparece citado este obispo en las crónicas españolas, dio lugar a establecer una similitud entre aquel adjetivo étnico y la forma popular del mismo, del que, como puede verse, es fácil llegar al Biklariš, con que nos lo designan los textos conservados y que en su forma, poco común, no tiene nada de hebreo [71].

Tenemos pocos datos biográficos de IBN BIKLARIŠ, ni siquiera de tipo anecdótico, que son los que suelen destacarse de ordinario, y, en cambio, como si se tratara de un espíritu de contradicción, su obra nos ha llegado en copias raras, pero íntegras y de gran interés. Sabemos de él que nació en Zaragoza y poca cosa más.

Su obra es un tratado de materia médica, titulado *Al-Mustaᶜinī,* y está dedicado a al-Mustaᶜīn bi-llāh, último de los representantes de la dinastía de los Banū Hūd que reinara en Zaragoza. No deja de sorprender que esta obra figure —según Ibn Abī Usaybīᶜa [72]— compuesta en Almería, siendo su autor zaragozano y estando dedi-

[69] Cf. AMADOR DE LOS RÍOS, *Historia de los judíos de España y Portugal;* Madrid, 1875, I, 386.

[70] Cf. RENAUD, *Trois études d'histoire de la Medicine arabe en Occident: I Le Mustaᶜīnī d'Ibn Beklareš,* en "Hespéris", X (1930), p. 141.

[71] Id., p. 137.

[72] Historiador de la Medicina árabe muerto en 668 = 1270.

cada, por añadidura, a un rey musulmán de Zaragoza. RENAUD [73] sospecha, y quizá con el único fundamento posible, si el citado compilador árabe del siglo XII confundiría "composición" y "copia", puesto que de no ser así, no se explica el porqué de ser Almería, precisamente, el lugar donde fue escrita. Además existen otras razones de tipo lingüístico, como diremos más adelante, que parecen confirmar la idea de que más bien se trata de una copia que de la obra original auténtica.

Sea cual sea el lugar donde fue redactada la obra, parece que durante algún tiempo IBN BIKLARIŠ estuvo ausente de la Marca Superior, y que fueron los años comprendidos entre 1085 y 1109 aquellos en que permaneció en la corte de Aḥmad al-Mustaʿīn. Hacia 1106 escribió, dedicándolo a su protector, el tratado sobre los medicamentos simples [74]. Todos estos datos vienen a confirmar la hipótesis establecida anteriormente de que no fuera escrita en Almería la obra que nos ocupa, sino, probablemente, en Zaragoza. Incluso los hechos políticos lo favorecen, puesto que figura escrito aproximadamente el *Al-Mustaʿīnī* hacia 1106, y todo el sur de la península y Almería, concretamente, sufría por aquellas fechas el yugo de una nueva invasión que iba a arruinar las brillantes cortes de taifas. En 1091 Almería cayó en manos del general almorávide Dāwūd b. ʿIsà. Se supone que por entonces IBN BIKLARIŠ residía ya en la Marca Superior. Y aunque no fuera así, es indudable que muchos habitantes del Sur irían a buscar la zona que, como en tantas ocasiones, ofrecía por su situación geográfica mayores garantías de seguridad: el valle del Ebro. Entre ellos, y por su origen, podría encontrarse nuestro autor. A cambio de una estancia segura durante los últimos años de su vida y de la manifiesta protección de que gozó en la corte de al Mustaʿīn ibn Hūd, tituló el médico-botánico zaragozano su obra *Al-Mustaʿīnī,* en señal de agradecimiento.

Aparte de su primordial interés para el estudio de la Medicina arábigo-aragonesa del siglo XI, en la que marca un jalón importante por su disposición sinóptica, respondiendo a una idea sistemática, aquí hemos de resaltar, aunque sólo sea brevemente, su alto valor filológico. Aunque su obra es de carácter general, distingue, por sus extraordinarios conocimientos de la lengua y de la flora existente en la Marca Superior, con la propia meticu-

---

[73] Cf. RENAUD, op. cit., p. 138, n. 1.

[74] Cf. SARTON, *Introduction...*, II, 235. Es curioso que ASÍN, en el *Glosario* de voces romances registradas por un botánico anónimo hispanomusulmán del siglo XI (Madrid-Granada, 1943, p. XVII), fije la muerte de este autor en 1106.

sidad árabe, las diversas hablas de al-Andalus, es decir, los nombres romances o *ʿaŷāmíes* con que se conocen las plantas. Todavía precisa más al localizar la existencia de alguna de ellas en la región de la Marca Superior, bien conocida para él, y designarlas con el nombre que tienen en la *ʿaŷāmīyya saraqusta*, es decir, en el romance de Zaragoza.

Por eso, aunque de gran interés teórico y práctico para la Medicina, no debe pasarse tampoco por alto el caudal lingüístico que encierra y que tantos datos puede ofrecer a los romanistas para el estudio del aragonés primitivo, no sólo por lo que se refiere a lo agronómico o botánico, sino a infinidad de palabras que los usos terapéuticos o las supersticiones populares bautizaban con nombres metafóricos.

Esta fusión judeo-árabe-aragonesa, que tan fructífera había de ser, constituyó una amalgama en la que resulta muy difícil deslindar lo que a unos y a otros corresponde. Todo ello forma un patrimonio común de alto valor intelectual que contribuyó grandemente al desarrollo del movimiento cultural de al-Andalus.

## Los musulmanes en el reino de taifas de Zaragoza y su aportación cultural

Hemos presentado anteriormente un panorama político del reino de taifas de Zaragoza, en el que han podido observarse, en líneas generales, las directrices y las características fundamentales de aquellos reyezuelos tuŷībíes y, sobre todo, de los Banū Hūd. Interesa ahora señalar el movimiento cultural y las principales manifestaciones literarias y científicas de los musulmanes aragoneses del siglo XI.

Son varios los géneros que dentro de la literatura arábigo-andaluza alcanzaron un gran esplendor, tales como la prosa rimada, la anécdota y el cuento. Pero ninguno consiguió superar a la poesía, que sobresale por encima de las demás manifestaciones literarias. Cada hombre, por humilde o elevada que sea su posición social, es poeta y sus poesías son pagadas con esplendidez. Todos, sin distinción de clases, parecen tener una disposición innata para versificar y para sentir una belleza que afecta no sólo a la forma, sino también al fondo. Ya se sienten los árabes ricos de su propio fondo, llegados a una espléndida mayoría de edad, cuando se forman

las taifas. No tienen necesidad de recibir de Oriente normas que fijen nuevas directrices. Caminarán solos por un sendero luminoso donde la tierra y la vida del campo, y toda la gama de bellezas que encierra el suelo conquistado y fecundo serán objeto de apasionados versos. Pero no sólo esto, sino que todo el ambiente en el siglo XI respirará poesía. Los altos personajes se invitan, se insultan, se envían regalos, se autobiografían siempre en billetes poéticos en los que se comparan con astros o con flores. El impulso dado a la cultura en Córdoba parece estallar en una espléndida floración como para reavivar el recuerdo de sus glorias pasadas y mitigar su fracaso político. Y en verdad que el valle del Ebro sabe cumplir su misión. Porque durante el califato, el Norte, la Frontera Superior, ha de estar en la avanzada, defendiendo los intereses del poder central, que vive en el siglo X sus mejores momentos: los políticos y los culturales. La vida guerrera se vivirá en toda su intensidad y quedarán pocos momentos para los ocios poéticos. Aun así vemos a notables personajes que se contagian del ambiente que se vive en Córdoba. Así lo testimonia Ibn al-Qūṭiyya [75], quien refiere que, en cierta ocasión, ᶜUmayya b. ᶜIsà, ministro del emir Muḥammad, acertó a pasar por delante de una casa inmediata a la puerta de Alcántara, en la ciudad de Córdoba, donde se tenía en rehenes a los príncipes aragoneses de la familia de los Banū Qāsī, en el momento en que éstos recitaban versos de Antara [76]. Al oirlos, mandó a uno de los guardias que hiciera comparecer al maestro de literatura que tales cosas les enseñaba, y, sentado en la sala de audiencia pública, al venir a su presencia el maestro, le dijo: "Si no fuera porque te disculpo por ignorante, ya verías cómo te sentaba la mano. ¿Quién te mete a ti donde están estos diablos que tantos sinsabores causan a los califas, para enseñarles versos que no hacen sino enardecerles y aumentar sus instintos guerreros? Cuidado, pues. De hoy en adelante no les enseñarás más composiciones que las de al-Ḥasan b. Hānī, que traten de vino y cosas por ese estilo, de chistes y bufonadas".

Esta falta de cultura literaria, evidente durante los siglos VIII, IX y hasta el X en toda la Marca Superior, corría sólo parejas con el tiempo. Cuando se forman los reinos de taifas y cuando el alegre modo de entender la vida que tendrán muchos de los reyes de estas

---

[75] IBN AL-QŪṬIYYA, *Taʾrīj iftitāḥ al-Andalus*, ed. y trad. de Julián RIBERA, *Historia de la conquista de España por Abenalhotía el Cordobés;* Madrid, 1926, p. 94. Véase RIBERA, *La enseñanza entre los musulmanes españoles*, en "Disertaciones y Opúsculos"; Madrid, 1928, I, 290, nota 1.

[76] Famoso poeta anteislámico.

pequeñas cortes haga descuidar otros asuntos, se preferirá ser inmortalizado en una casida que pasar a la posteridad por una hazaña famosa. Serán pocos los monarcas que equilibrarán su afición científica y su valor combativo. Unicamente el reinado de al-Muqtadir b. Hūd verá coincidir momentos de extraordinario interés científico y literario con un éxito en las armas no superado ya por ninguno de sus sucesores.

Pero no es, en general, lo político lo que se tiene en cuenta. Las cortes de taifas de Zaragoza, con un lujo extraordinario y con la excesiva prodigalidad de que hacen gala sus monarcas, servirán de atracción a poetas de distintos lugares de al-Andalus. Zaragoza, convertida ya por Mundir b. Yahyà en una gran ciudad, muy poblada y próspera, era el seno adecuado para acoger a los literatos y poetas que huían del Sur. Y es curioso observar que no son las figuras más importantes del renacer literario en la Frontera Superior musulmanes aragoneses, sino más bien judíos que disfrutan de grandes prerrogativas, o literatos inmigrados musulmanes. Y lo mismo por lo que se refiere a las demás ramas del saber.

En matemáticas encontramos a ᶜABD ALLĀH B. AḤMAD AL-SARAQUSTĪ [77] (m. en 448 = 1056), de la escuela de Ibn al-Bargūt. Es un científico que conoce a fondo la Aritmética, la Geometría y la Astronomía, a cuya enseñanza se dedica. Sobresale por encima de todos, a pesar de ser estas ciencias de tipo especulativo, las que más tardaron en ser cultivadas en al-Andalus.

Este autor es famoso por su opúsculo dirigido a Abū Muslim b. Jaldūn al-Išbilī, en donde trataba de los errores del sistema de Sindhind al referirse a las ecuaciones de los planetas. Saᶜīd al-Andalusī [78] dice haberle refutado poniendo en claro el lugar de esta argumentación donde reside el error en su obra sobre la rectificación del movimiento de las estrellas y los errores de los astrónomos.

En estas ciencias especulativas se destaca, también, otra figura importante, originaria de Calatayud: ABŪ ISḤAQ IBRĀHĪM B. IDRĪS AL-TUYĪBĪ [79] (m. en 454 = 1063). Había hecho sus estudios en Toledo, donde se estableció, dedicándose a la literatura. Pero entusiasmado, más tarde, por las ciencias exactas empezó a aprenderlas bajo un notable maestro, al-Waqqašī. Desde este momento ya no contó su primitiva afición, entregándose de lleno a la enseñanza de las

---

[77] Cf. *Ṭabaqāt*, 72 tex., 135 tr.

[78] Ibidem.

[79] Cf. BLACHÈRE, *Introduction* a la trad. de las *Ṭabaqāt*, p. 10.

matemáticas y de la Astronomía, por las que llegó a alcanzar una reputación extraordinaria, de la que se benefició el notable autor tan citado, Ibn Ṣāᶜid al-Andalusī, quien, cuando murió aquél, contaba treinta años.

No sabemos cuál es la razón de que todo el saber científico se centrara especialmente en el norte de al-Andalus. A la descomposición del califato, el Sur se convertirá en el centro más brillante de la poesía arábigo-andaluza, pero corresponderá a Toledo y a Zaragoza una herencia que tendrá, después, provechosas derivaciones. Estas dos ciudades se verán convertidas en el centro del saber matemático, astronómico, médico y filosófico. Los cultivadores de estas ramas se disputarán la gloria con los mismos monarcas.

En Zaragoza existía ya en el siglo x un fermento —quizá base de este desarrollo ulterior— en la obra de ABŪ ᶜUṮMĀN SAᶜID B. FATḤŪN B. MUKRAM AL-SARAQUSṬĪ AL-ḤIMMĀR [80]. Con aficiones gramaticales y filosóficas —en esta última escribió un excelente opúsculo sobre la introducción de las ciencias filosóficas, titulado *Šaǧarat al-ḥikmà* (El árbol de la sabiduría)—, sin descuidar la música, tuvo notable afición por las ciencias. Su opúsculo sobre la determinación de la naturaleza de las ciencias y sobre la manera en que fueron instituidas por la diferenciación entre la sustancia y el accidente, le dieron una justa fama.

Como siempre, hemos de lamentar la escasez de noticias que nos proporcionan los autores árabes al tratar de la mayoría de los biografiados. Apenas en algunos se deja entrever, por alguna anécdota o detalle curioso, cierto rasgo peculiar que no le confunde con una lista interminable de nombres entre los que se mencionan los maestros que le enseñaron o los discípulos que aprendieron de él.

El autor que nos ocupa parece haber sido un personaje notable y de gran fama por sus teorías, no sabemos si científicas o filosóficas, ya que fue víctima de una violenta persecución que le obligó a abandonar al-Andalus al salir de la cárcel. Estos casos, en la época de al-Manṣūr Muḥammad Ibn Abī ᶜĀmir, no eran extraños por el fanatismo de los alfaquíes que, en muchas ocasiones, ahogaron y sojuzgaron la libertad ideológica e incluso la personal. SAᶜĪD AL-SARAQUSṬĪ fue uno de tantos —aunque no se especifique el motivo— que debió de sufrir las iras de los alfaquíes, pues gozaba de un gran prestigio como científico, hasta tal punto que enseñó Lógica nada menos que a Ibn al-Kinānī (de quien habla-

[80] Cf. *Ṭabaqāt*, 68-69 tex., 129 tr.

remos al tratar de los inmigrados), autor cordobés, pero establecido en Zaragoza al estallar la "fitna".

Con estos antecedentes quizá nos resulte un poco más fácil comprender cómo Zaragoza se convierte en una de las cortes de taifas donde se vive un ambiente científico más saturado. Y es que, si notable fue el impulso dado en este sentido por los tuŷībíes, durante veinticinco años, mayor lo fue el dado, durante setenta, por sus sucesores, los Banū Hūd. Ya hemos dicho anteriormente qué elogios hace al-Šaqundī en su *Risāla* [81] de los reyes árabes de taifas, entre los cuales figuran los Banū Hūd. No nos extrañan tales palabras de alabanza, porque el reino de taifas de Zaragoza había llegado ya a un periodo en el que el florecimiento total se veía próximo. Ya no eran los primeros tanteos, con ser muy notables, de la época de los tuŷībíes; era la realización de una obra cuya base estaba echada y cuya culminación y rápido derrumbamiento se presentían.

La poesía tendrá un temario amplio y de marcado interés documental. No siempre será la poesía artificiosa que responde a moldes preestablecidos o que espera la dádiva, generosa como la lluvia, del señor o del príncipe. A través de hermosas metáforas podemos ver cómo es la vida que se va apagando poco a poco, pese a su brillante aspecto cultural.

*Las fiestas del Ebro, cantadas por los poetas.*—Aquellas esplendorosas fiestas que encendían el Guadalquivir, único río del mundo, según al-Šaqundī, donde esto sucedía, tuvieron un eco en las que se celebraban en el Ebro durante el reinado de los Banū Hūd.

En las partidas fluviales que se celebraban, entre manjares suculentos se escanciaba el vino blanco o tinto, y, en medio del recitar de los poetas que improvisaban sus versos, sonaba el melodioso canto de una esclava y se oía el rumor de las velas de las embarcaciones al desplegarse al viento. No quedaba un solo instante para el descanso y ejercían su imperio simultáneo el sueño, la embriaguez y el amor. De cualquier boca, porque así era la realidad, podía salir la expresión enervante del poeta:

> *Nuestros lechos sirvieron de vestido para nuestro vino, y para cubrirnos, la tiniebla rasgó sábanas de su piel.*
>
> *De corazón a corazón se acercaba el amor; de labio a labio volaba el beso* [82].

---

[81] Cf. *Elogio*, p. 48.

[82] Fragmento de la casida de las estrellas de Ibn Hānī de Elvira (m. en 973). Véase García Gómez, E. *Poemas arábigo-andaluces*; Madrid (Austral), 1940, pp. 102-3.

IBN ḤASDAY, el ministro judío ya citado, nos ha descrito lo que eran estas partidas en el Ebro, que se celebraban con mayor esplendor y frecuencia durante la primavera, cuando el pescado abundaba. Ibn Jāqān [83], que facilita este fragmento, explica, a modo de introducción, que "la barca del príncipe estaba rodeada de multitud de embarcaciones; las melodías de cuerdas [de laúdes] eran tan hermosas que paraban al viajero en su marcha y enmudecían al pájaro más elocuente en su canto. Con argucias se hacía salir a los peces [de sus profundidades] y las redes de pesca se hundían hasta ellos para hacerlos aparecer a los ojos como ramos de perlas o lingotes de oro...".

Dicen así los versos de IBN ḤASDAY que nos ha conservado Ibn Jāqān:

> *¡Día admirable! ¡De qué modo resplandecía su rostro al mediodía!, ¡qué tintes plateados y dorados tomaba en el aura y en el ocaso!*
>
> *Se hubiera dicho que el tiempo, por habernos hecho ya mucho mal, quisiera este día devolvernos su favor y manifestarnos la más grande indulgencia.*
>
> *Remábamos en una barquilla a la que rodeaban los bajeles por doquier, unos en perfecto orden, otros dispersos a un lado y a otro.*
>
> *Se desplegó por completo la vela debajo de un príncipe que ha sobrepasado a los anteriores en sus recientes hazañas.*
>
> *Es el magnánimo imām al-Mustaᶜīn, que ha obtenido la alta dignidad legada por al-Muᶜtamin, que la tenía como una ofrenda de al-Muqtadir.*
>
> *La barquilla encerraba una extraordinaria maravilla: era un mar que se había condensado hasta parecerse a un río.*
>
> *Se hicieron saltar desde las profundidades del río los peces cogidos que salían a la superficie como perlas que coge el buzo.*
>
> *Los invitados podían allí beber a su antojo vino como la saliva de la amada que sabe siempre exquisita cuando se da un beso o cuando se recibe.*
>
> *Se bebió a la salud de un señor cuyo carácter es una flor de perfume delicado y cuyo rostro es más resplandeciente que la luna.*

---

[83] Cf. *Qalāʾid*, 185-86, reprod. en *Analec.*, I, 425. Según cita de PÉRÈS, *op. cit.*, p. 210, n. 2.

Estos elogios se tributarán a un monarca cuya decadencia se presiente ya. No se viven los gloriosos días de sus antepasados. No se mantiene alto el legado de al-Muᶜtamin "como una ofrenda de al-Muqtadir". Se continúa, por inercia, una tradición, porque la corte de los Banū Hūd no sólo es científica por el hecho de que algunos de sus reyes cultiven la Astronomía y las matemáticas, sino, además, literaria. El mismo al-Muqtadir, a pesar de ser un entusiasta partidario de las ciencias, no abandona las letras.

AL-MUQTADIR, como los demás mecenas de al-Andalus, construye un palacio al que los poetas designan con el nombre de *Qaṣr al-surūr* (Palacio de la alegría) [84]. El mismo rey compone estos versos que los libros de *adab,* relativos a España, repiten sin cesar:

> *¡Oh, Qaṣr al-surūr;, ¡oh maŷlis al-ḏahab! ('salón de oro') Gracias a vosotros he alcanzado la culminación de mis deseos.*
>
> *Aunque mi reino no tuviera otra cosa, serían para mí todo lo que yo pudiera anhelar* [85].

Los poetas sienten una especie de exaltación admirativa por la belleza de cuanto les rodea. La feracidad del valle del Ebro impresionará agudamente sus sentidos, con la misma intensidad que la feracidad del suelo español impresiona a los poetas musulmanes.

Dice un autor anónimo:

> *¡Qué país tan admirable, al-Andalus, que no me regatea ninguna alegría!*
>
> *Por todas partes pájaros arrulladores, sombras frescas y espesas, aguas que murmullan, y palacios* [86].

Pero sin desdeñar la poesía, al-Muqtadir ha pasado a la posteridad como un notable astrónomo. Ibn Ḥayyān [87] elogia la cultura de los hijos de Sulaymān, Yūsuf y Aḥmad, considerando superior al primero. Ya hemos visto que las miras ambiciosas de Aḥmad dieron al traste con las posesiones de Yūsuf, al que hizo prisionero, por añadidura. Muchos autores coinciden en la afición que Aḥmad al-Muqtadir sentía por las ciencias astronómica, filosófica y

---

[84] Posiblemente se trata de la Aljafería.
[85] Cf. PÉRÈS, *La poésie andalouse,* pp. 152-53, n. 3.
[86] Cf. *Analec.,* I, 140, l. 5-6, según cita de PÉRÈS, op. cit., 116, n. 3
[87] Cf. DOZY, *Recherches* ³, II, App. XLII.

matemática. Rodeado de sabios ilustres, entre los que no se hacía distinción de razas, se entregaba a la observación astronómica desde su castillo de la Aljafería. Para dar idea de su fama basta decir que Abū-l-Walīd al Šaguntī (de Sagunto), dirigiendo una carta a un autor magrebí, ponía a al-Muqtadir como ejemplo de rey conocedor de las ciencias matemáticas y filosóficas [88].

Observamos en al-Muqtadir, y sus sucesores la seguirán conservando, una tendencia más bien práctica dentro del campo literario, que encontrará un desarrollo máximo en tiempo de su hijo y sucesor al-Muᶜtamin. Es natural que, siendo la afición de algunos monarcas tan decidida por la cultura, sus cortes fueran seno propicio para que se desarrollara en ellas un extraordinario movimiento científico. Así lo demuestran los personajes que en ella radican y que en la capital se establecen, muchos de los cuales no son, precisamente, de Zaragoza, como veremos más adelante.

Algunos musulmanes, como el zaragozano ᶜABD AL-RAHMĀN B. MŪSĀ B. MUḤAMMAD B. ᶜUQBA AL-KALBĪ [89], fijan su residencia en la capital, que por ser la sede de los monarcas tienen más posibilidades de encontrar quien les financie su producción y les proteja. Sin embargo, los poetas que brillan en la corte de los Banū Hūd son, en su mayoría, inmigrados. A los musulmanes aragoneses ilustres puede aplicárseles más bien el nombre de sabios que el de poetas propiamente dichos. En ellos se reúnen, como en el mencionado ᶜABD AL-RAHMĀN B. MŪSĀ AL-KALBĪ, varias actividades a veces conjuntadas con una moral y un ascetismo que sorprenden, dado el ambiente de frivolidad que se respira. El ascetismo y la modestia de este personaje, cualidades que perfilan más su figura, están puestos de relieve en el hecho que se nos consigna de que al-Muqtadir quiso darle la administración de la justicia en Zaragoza y él rehusó dicho cargo y juró que no lo aceptaría. Al-Muqtadir tuvo que preservarle de dicho cargo, a pesar de que era quizá quien estaba en mejores condiciones de desempeñarlo por sus cualidades personales y por ser un letrado famoso y honrado.

No eran raros los casos como el que hemos citado. Los testimonios conservados son innumerables y, generalmente, la consideración social de que gozaban los privilegiados se pone de manifiesto en el hecho de que casi todos ellos ocupan altos puestos cerca de los reyes árabes de Zaragoza. No sólo una casida ditirámbica puede

---

[88] Véase, MILLÁS VALLICROSA, *Assaig d'historia de les idees físiques y matemàtiques a la Catalunya mitjeval;* Barcelona, 1931, p. 74.

[89] *Sila,* biog. 718, p. 332 (Ed. CODERA, B. A. H.).

llevar a obtener mercedes, sino que cualquier obra de mérito —simplemente el hecho de gozar de habilidad caligráfica— es suficiente, porque se llega a un preciosismo tal que hasta en los despachos oficiales se aspira a conseguir la máxima belleza. ᶜABD AL-RAHMĀN B. ᶜUMAR B. MUḤAMMAD B. FURTIŠ [90], que se distinguía por ser muy hábil pendolista, desempeñó el cargo de notario, corriendo a su cargo la redacción de documentos diversos y gozando de los privilegios que su profesión le concedía. No sólo esto, sino que llegó a ser secretario de su primo, el cadí MUḤAMMAD B. ISMAᶜĪL.

Muchos personajes han llegado a nosotros, a través de esas breves biografías, que por tener esa habilidad caligráfica han pasado a desempeñar el cargo de secretarios ("kátibes") de los reyes. Así, entre otros que podríamos nombrar, ḤIMĀM B. YAḤYA B. ḤIMĀM ABŪ -L- ᶜALÁ AL-SARAQUSTĪ [91], que escribió para al-Muqtadir, al-Muᶜtamin, al-Mustaᶜīn y murió en tiempo de los almorávides.

Casi todos los personajes del siglo XI que aparecen en las biografías como cultivadores de alguna rama del saber ocupan, por lo general, altos cargos, bien como maestros de exégesis coránica y de lengua árabe en la mezquita mayor de Zaragoza [92], o en la administración de justicia [93], o como secretarios en los casos que ya hemos visto. De este modo se puede sacar una observación curiosa, y es que mientras el poeta vive asalariado dependiendo, en todo momento, de la oportuna dádiva del señor o del príncipe, este otro tipo de intelectual que nos da, en su magnífica floración, la cultura árabe del valle del Ebro, vive con una mayor dignidad, sin soportar las impertinencias de la corte y sin condicionar su obra al panegírico exagerado y artificioso en el que la alabanza, no siempre sincera, crea una desproporción enorme entre el personaje y los elogios a él dirigidos.

Si notable es el reinado de al-Muqtadir como exponente del movimiento cultural de la Marca Superior, no por ser breve su gobierno queda a la zaga la figura de su hijo y sucesor al-Muᶜtamin (475 - 478 = 1082 - 1085), que continuará la misma trayectoria iniciada por su padre y cuya figura, por sí sola, llena un periodo de la historia científica del valle del Ebro. La Filosofía, que tan unida aparece en los autores árabes con las ciencias especulativas, es una de las ramas del saber que al-Muᶜtamin estudia con celo;

---

[90] *Ṣila*, biog. 719. Murió en 1075-76.

[91] *Takmila*, biog. 2.022.

[92] Ibrāhīm b. Dajnīl (Abū Isḥāq), de Huesca, muerto en Zaragoza a fines del año 470 (= 1078); cf. *Ṣila*, biog. 213.

[93] 'Abd al-'Azīz b. 'Umar b. Ḥabnūn (Abū Yūnus), de Monzón, que administró justicia en su región. Cf. *Takmila*, biog. núm. 1.738.

las matemáticas le son familiares, y, además, cultiva las ciencias naturales *(al-ᶜilm al-tabīᶜī)* y la metafísica *(alᶜilm al-ilāhī)* [94]. Y no se crea que esto puede constituir una simple enumeración de tipo general, como sucede con el cultivo de la poesía. Al-Muᶜtamin es uno de los pocos que estudian, conjuntamente, las ciencias naturales y la metafísica en todo al-Andalus. Esto, según testimonio de una autoridad en la materia, el citado Ibn Ṣāᶜid al-Andalusī [95], que sólo conoce, además de él, otros dos personajes. Uno de ellos, el ya citado visir judío ABŪ-L-FADL B. ḤASDAY, y el otro, ABŪ ᶜABD ALLAH MUHAMMAD B. ᶜABD ALLAH B. ḤAMID, célebre bajo el nombre de IBN AL-NABBAS AL-BAYYANI.

AL-MUᶜTAMIN no sólo se dedicó a la ciencia sino que la fomentó entre los estudiosos que le rodeaban, y aún le quedó tiempo para escribir el *Libro de la perfección y de las apariciones ópticas* (?), del que hace grandes elogios Yūsuf ben Yehudā ben Aknīn, el discípulo favorito de Maimónides [96].

Los cuatro años escasos que al-Muᶜtamin gozó de la vida y de sus aficiones en el gobierno son un magnífico puente tendido entre el reinado de su padre y el de al-Mustaᶜīn, que todavía va a dar días de gloria al reino de taifas de Zaragoza.

Las circunstancias políticas van a modificar, en una gran parte, los hechos culturales. En los anteriores reinados, los tuyībíes, primero y luego —pasando por Sulaymān al-Mustaᶜīn—, al-Muqtadir y al-Muᶜtamin mantendrán, por lo general, buenas relaciones con los cristianos y no sufrirán la inquietud de la guerra. Pero el reinado de al-Mustaᶜīn se ve amenazado seriamente por las armas de los cristianos aragoneses y empezarán a desgarrarse nuevos trozos de la ya recortada pieza del Islam occidental. Primero será Huesca la que en 1096 pasará definitivamente a manos cristianas. Más tarde, Barbastro.

La inquietud se cierne sobre el espíritu de la taifa del Ebro, y los poetas, en un último y desesperado canto, no podrán ya dedicar solamente sus elogios, como hacía el tantas veces mencionado IBN ḤASDAY, sino que tendrán que cantar en sus versos la pérdida de sus ciudades donde los cristianos sacan espléndido botín y se aprovechan de los restos que la cultura árabe va dejando en huella imperecedera.

Toda la artificialidad que presenta esta corte suntuosa adquiere,

---

[94] Cf. *Ṭabaqāt*, 74-75 tex., 138-39 tr.

[95] Ibidem.

[96] Cf. MILLÁS, *Assaig*, p. 74.

a efectos de las circunstancias políticas, un tinte especial. En el ambiente se respira inestabilidad. Parece presentirse que el esplendor, la vida de lujo y los placeres van a tener una breve existencia y un amargo desenlace. Hay en el fondo de los espíritus como un oscuro sentimiento que les impide gustar plenamente de las alegrías que les proporciona la existencia [97]. Suenan las frases, cansadas a fuerza de ser repetidas, en alabanza a al-Mustaᶜīn, el "príncipe que ha sobrepasado a los anteriores en sus recientes hazañas y señor cuyo carácter es una flor de perfume delicado y cuyo rostro resplandece más que la misma luna" [98]. Su proverbial generosidad hallará la recompensa en los versos de Ibn al-Sīd al-Batalyawsī:

> *Cuando tus manos plantan nobles acciones en el suelo,*
> *las ramas producen, como frutos, elogios para ti* [99].

Seguirán ocupando los puestos para la enseñanza de la lectura coránica célebres musulmanes, naturales, en su mayoría, de Zaragoza. Y los del reinado de al-Mustaᶜīn, casi todos ellos tendrán el trágico fin, pero glorioso, de morir mártires por su fe islámica en alguna batalla. Uno de ellos, por no hacer demasiado larga la enumeración de tantos, ᶜABD AL-WAHHĀB B. MUḤAMMAD B. ḤAKAM AL-ANṢĀRĪ (Abū Ŷaᶜfar), de Zaragoza, encontrará la muerte, después de formar una serie discípulos, todos ellos famosos [100], en la batalla de Huesca el año 489 (= 1096), el último día de dū-l-qaᶜda o el primero de du-l-ḥîŷŷa (19 ó 20 de noviembre). No esconden los biógrafos ni disimulan la trágica verdad de este día. "Fue —dicen— una de las calamitosas batallas de al-Andalus. Murieron en ella cerca de diez mil musulmanes" [101].

El mismo rey al-Mustaᶜīn, frente a los reveses que sufría por parte de los cristianos aragoneses y pese a su astucia política, ya no sentirá el afán que predominaba en sus antecesores por los estudios científicos. Los momentos que le dejan de respiro los asuntos guerreros, a los que, forzosamente, ha de conceder más atención de la que quizá deseara, los consagra a representar espléndidamente su papel de mecenas poderoso. No pierde ocasión —en un último

---

[97] Quizá no sea ajena a este sentimiento la influencia judeo-cristiana.

[98] Véase nota 83.

[99] Cf. *Analectes*, I, 430, l. 3. Según cita de PÉRÈS, op. cit., p. 198, n. 5.

[100] Entre ellos, Abū Muḥammad 'Abd Allāh b. Idrīs b. Saḥl al-Mukrī, habitante en Ceuta; Abū Muḥammad b. Sa'dun al-Wašqī, el ciego; Abū Muḥammad Yaḥyà b. Muḥammad b. Ḥasan al-Qila'ī, Abū 'Abd Allāh Muḥammad b. 'Isā b. Baqā' al-Balagī, habitante en Damasco, y otros.

[101] *Takmila*, biog. núm. 1.785. Ibn Baškuwāl, *Ṣila*, también cita a este autor, pero sin referir su muerte.

gesto vanidoso— de hacer lucir y de encumbrar a todas las figuras destacables que pasan por su corte y, a pesar de los peligros que rodeaban su reino, todavía se permitía celebrar grandes fiestas en el Ebro.

Al-Mustaᶜīn sigue conservando cuidadosamente un *kātib* (secretario) que le redacta la correspondencia diplomática. Es el zaragozano YAḤYÁ B. ḤAMMĀM B. YAḤYÁ (Abū Bakr), conocido por IBN ARZAQ (m. en 1142) [102].

La consideración que este último rey hūdī de Zaragoza dispensa a los personajes distinguidos por su cultura y por su cualidades y la estima en que los tiene nos lo pone de manifiesto Ibn al-Abbār en la biografía que dedica a JALAF AL-ᶜABDARĪ [103]. Nacido en Zaragoza en 1022, ejerció el cargo de *ṣāḥib al-aḥkām* [104]. Le concedió la *iŷaza* [105] su abuelo materno, Ibn Abī Dirhām, cadí de Huesca [106]. Fue jurisconsulto muy dado a prácticas devotas, ganándose la estimación de los cortesanos y del pueblo. Al-Mustaᶜīn b. Hūd le visitaba en su enfermedad, le colmaba de favores y reconocía su justicia. Murió en 1100 —30 de dū-l-ḥiŷŷa de 493—, asistiendo al-Mustaᶜīn a su entierro. Encargó al-Mustaᶜīn que se rezase por él, y nombró como *imām,* para tal efecto, a Abū ᶜAbd Allāh b. al-Sarrāq. Se cuidó de su hija, a la que recogió en su palacio [107].

Los hechos que presentamos en esta biografía suponen una consideración y una estima extraordinarias por parte del monarca, y más teniendo en cuenta que no era corriente el que los príncipes o reyes presidieran el duelo o asistieran a los entierros, a no ser que se tratara de personas de su particular afecto. A este propósito, don Francisco CODERA [108] dice que sólo encuentra mencionada esta particularidad tres veces: el día 25 de raŷb del año 413 (= 1022) fue enterrado en Córdoba Aḥmad b. ᶜAbd Allāh b. Hastsamāḥ, y a su entierro asistió el califa Yaḥyà b. ᶜAlī; en šawwāl del año 450 (= 1058) al-Ma'mūn de Toledo asiste al de Aḥmad b. Muḥammad

---

[102] *Takmila*, biog. 2.039.

[103] *Takmila*, biog. 162.

[104] Especie de magistrado supremo. El zavalaquén de las instituciones medievales aragonesas.

[105] Especie de título que acreditaba haberse cursado estudios y autorizaba para enseñar.

[106] Sobre esta familia de los Banū-Dirhām, son numerosísimos los datos que se encuentan en la *Ṣila* y en la *Takmila*. Oriundos de Huesca, durante el siglo XI, controlan casi todo el movimiento cultural de la ciudad. Algunos de ellos se trasladan a Zaragoza y obtienen cargos importantes.

[107] *Takmila*, biog. 162.

[108] Cf. CODERA, *Bol. Acad. Hist.*, t. II (1882), p. 168;

al-Ṣadafī, y el 13 de rabī postrero del año 467 (= 1075), al Muᶜtamid de Sevilla asiste a pie al entierro de otro personaje.

Pero, además, sabemos que al-Muqtadir también asistió al entierro de otro personaje: el *katib* Abū ᶜAmr Ibn al-Qallās, en el cual un *šāyj* llamado Abū ᶜAbd al-Samad vestía de blanco en señal de luto [109] El blanco, del mismo modo que en Córdoba, ya en tiempo del califato, en Sevilla y en otras regiones de al-Andalus, era el color de luto. Así también lo era en Aragón, y concretamente en Zaragoza.

Estos dos casos citados son dignos de tenerse en cuenta por el hecho de hacer referencia a la Marca Superior y conocerse muy pocos análogos, en el resto de al-Andalus.

En *El collar de perlas preciosas que trata de la doctrina del sabio de Medina*, de Abū Muḥammad ᶜAbd Allāh b. Nayām [110], al tratar del lugar que ocupaban las personas en los entierros, dice que la presidencia de éstos corresponde a la autoridad más alta que haya en la población y que debe presidir, asimismo, la oración. Pero, sin duda, quiere referirse el autor citado a personajes de alta alcurnia. Lo demuestra y confirma nuestra opinión el hecho de encontrarse un número tan escaso de citas como el que hemos mencionado y que, sin duda, se trata de una concesión especialísima, un honor póstumo del mecenas a figuras que, como la de Jalaf al-ᶜAbdārī, tenía méritos suficientes para tener tan alto honor.

Los días de la generosidad y de la abundancia, de los versos y de las cantoras, de las partidas fluviales en el Ebro y de todo aquello que había llenado todo el siglo XI en la Marca Superior, tocaba a su fin. No le arredran todavía al Banū Hūd las presiones y el creciente poderío de los cristianos. Todavía se siente con ánimos —quizá en un alarde supremo— para hacerles frente y atacarlos. Pero el reino de al-Mustaᶜīn que, diplomáticamente, pudo verse libre de la invasión almorávide [111], había de acabar con la muerte del Banū Hūd en Valtierra un día de enero del año 1110. Con su muerte, Zaragoza perderá, rápidamente, como se desmoronan los grandes edificios del Islam occidental, todo su esplendor. Con los almorávides sólo queda ya una sombra de lo que fue, cruzada, de vez en cuando, por algún rayo de luz, todavía no extinguido. Era el ocaso que precedía a la noche de la cultura árabe

---

[109] Cf. Pérès, *La poésie andalouse*, p. 299.

[110] Resume esta obra las doctrinas jurídico-religiosas de Malik b. Anas, que eran las que se seguían en al-Andalus.

[111] Cf. Ibn al-Aṯīr, *Kāmil*, en E. Fagnan, *Annales du Maghreb et de l'Espagne*; Alger, 1898, p. 497.

en el valle del Ebro. Sólo el espíritu y la liberalidad de los monarcas cristiano-aragoneses, envueltos, quizá, de un modo misterioso en el encanto de aquella civilización árabe que ellos habrían querido borrar, sabrá conservar con toda su tolerancia y hasta, en ocasiones, con su favor, aquellas raíces, impotentes ya, de la cultura árabe, quizá —de un modo mágico— como un homenaje a aquellos que les habían precedido en Zaragoza y en las tierras del nuevo Aragón.

*Una figura póstuma:* IBN BÂŶŶA (AVEMPACE) [112].—Antes de morir al-Mustaᶜīn, y con él el reino de taifas de Zaragoza, todavía tiene una última satisfacción, y es la de ver florecer en su corte a una de las figuras más importantes de la cultura de al-Andalus. Nos referimos a ABŪ BAKR IBN AL-ṢA'IG, más conocido por IBN BÂŶŶA entre los árabes y por AVEMPACE entre los escolásticos.

La originalidad de su obra toda, importantísima y variada, da un empuje final a la cultura árabe del valle del Ebro, que los acontecimientos políticos cortan de un modo radical.

Nacido IBN BÂŶŶA en Zaragoza, apenas si nos queda alguna noticia de su educación y formación. Sólo sabemos que era de natural despierto y avispado. Su figura excepcional se nos presenta recortada con una mayor intensidad que la de los demás autores citados hasta ahora en el campo intelectual de la Marca Superior. Su gran número de actividades, de las que es muy difícil destacar en la que más sobresalía, nos hace considerar su producción como verdaderamente enciclopédica. La labor desarrollada por AVEMPACE a lo largo de su vida fue muy intensa y varia. Al apoderarse los almorávides de la capital del Ebro, ganó la confianza del gobernador de Zaragoza, Ibn Ṭifilwīt, llegando a obtener el cargo de primer ministro. Dos años antes de la conquista de Zaragoza por Alfonso el Batallador, y habiendo muerto el gobernador antes citado, pasó al sur de al-Andalus y de allí a Fez, donde, enemistado con el famoso historiador literario Ibn Jāqān por cierta burla, y con médicos rivales suyos, envidiosos de su prestigio, murió envenenado en dicha ciudad entre 1128 y 1138. Sus ocupaciones y su vida agitada no le impidieron dejar tratados —meros borradores, al-

[112] Sobre este autor, véase BROCKELMAN, *Geschichte der Arabischen Litteratur*, I, 460; SARTON, *Introduction...*, II, 183; *Encyclopédie de l'Islam*, sub voc. IBN BADJDJA; MUNK, *Mélanges de philosophie arabe et juive*, París, 1859, pp. 383-410; P. MORATA, *Avempace*, en "La Ciudad de Dios", año 1924; ASÍN, *El filósofo zaragozano Avempace*, en "Rev. de Aragón", 1900-1901, pp. 278-81; ASÍN, *Avempace, botánico*, en "Al-Andalus", V, 1940, 255-301; ASÍN, *Tratado de Avempace sobre la unión del intelecto con el hombre*, en "Al-Andalus", VII, 1942, fasc. I; ASÍN, *La Carta de Adiós, de Avempace*, en "Al-Andalus", VIII, 1943, pp. 1-89; ASÍN, *El régimen del Solitario*, Madrid-Granada, 1946.

gunos de ellos— sobre todo aquello que consiguió despertar su curiosidad.

De sus actividades como médico quedan tan escasas noticias —e incluso como botánico—, que no responden los restos que nos han sido conservados a la fama de que indudablemente gozó. Sin embargo, aquí nos interesa resaltar, sobre todo —aunque apuntemos su habilidad para otras actividades—, su labor como filósofo y como botánico, por su originalidad y su interés.

Su fama como filósofo nos ha quedado un poco eclipsada por la fuerte personalidad de su discípulo Averroes, pero no cabe dudar de la importancia de su obra —que todavía espera un estudio acabado—, puesto que el mismo Santo Tomás le cita numerosas veces. De sus tratados filosóficos sólo se conservan íntegros las *Notas al libro de Abū Naṣr* (al-Fārābī) *sobre la Lógica* y *La carta de adiós,* traducida al hebreo por Judā ben Vives. Se encuentran sólo los fragmentos del *Régimen del solitario,* que extractó el judío del siglo XIV Moisés de Narbona, insertos al final de su comentario sobre *El Filósofo autodidacto,* de Ibn Tufayl. Escribió también la *Guía del eremita* y un tratado "sobre la unión del intelecto con el hombre", además de otros tratados de Lógica.

La redacción apresurada que hizo de sus obras y sus promesas continuas de rehacerlas, que no se cumplieron nunca, ha dado como resultado un estilo tan árido, seco y monótono que no hace de sus opúsculos y tratados una lectura agradable.

Avempace es considerado el primer filósofo español que conoció a fondo el pensamiento desarrollado por los filósofos de Oriente, cuyas obras fueron introducidas en al-Andalus durante el reinado de al-Hakam II [113]. Representa Avempace la dirección peripatética que se desenvolvió en al-Andalus a fines del siglo XI en un clima tolerante que, como hemos visto, permitía toda clase de manifestaciones ideológicas. En sus dos opúsculos *Carta de Adiós* y *De la unión del intelecto con el hombre* [114], trata de resolver el problema del fin último del hombre y los medios de que dispone para conseguir la felicidad. El problema de la felicidad, que ha constituido una gran preocupación desde los más remotos tiempos, encuentra en AVEMPACE un nuevo comentarista, ya que al planteo y solución del mismo consagró los citados opúsculos y un tercero: *El régimen del solitario.* No fija la felicidad en el logro y conservación de las

[113] Esto, según Ibn al-Imām, de Toledo, en discrepancia con Ibn Ṣā'id.
[114] ASÍN, *op. cit.,* n. 112.

riquezas, sino en la ciencia como algo grande que puede conducir a la máxima aspiración: el acercamiento a Dios, para sentirse lleno de gracia. Entonces "sale el hombre, de la zona oscura en que estaba sepultado, a una atmósfera clara y limpia". El medio inmediato de que se ha de hacer uso para este resultado es el de los universales inteligibles y, según la capacidad de cada uno, la visión será apreciada con diferente claridad. La visión perfecta sería como contemplar el sol cara a cara, sin medio alguno.

Esta valoración de lo intelectual como el mejor camino para la unión con Dios le lleva a desechar la riqueza, la salud y otros medios de que dispone el hombre, pues son como obstáculos que convierten al hombre en esclavo. Además, sólo la visión del entendimiento puede llevarle a un estado en el que no sentirá la tentación, ni le combatirá la naturaleza física, ni le moverá guerra el alma bestial. La simplicidad y unidad, el deleite y gozo que adquiere el espíritu en estas condiciones agrada a Dios.

El fundamento racionalista, basado en la ciencia especulativa, que expone Avempace para la unión con Dios, mereció duras críticas de algunos autores que le reprocharon la absoluta ausencia del elemento sobrenatural.

Para la unión del intelecto con el hombre, el proceso tiene tres grados: uno, el que se limita a las fuerzas espirituales imaginativas; otro, el que, mediante éstas, alcanza los inteligibles; otro, en fin, el que mediante los inteligibles alcanza la unión con el entendimiento en acto. El grado segundo, intermedio entre los dos extremos, participa de la materialidad aneja a lo imaginativo, y por eso en él parecen ser muchos, en número, los entendimientos, como lo son los objetos y los sujetos de la intelección. En cambio, en el grado último, el objeto y el sujeto de la intelección son una sola y misma cosa, y por eso el entendimiento es ya, numéricamente, uno y no múltiple, pues carece de toda relación con la materia. En él se identifican el entendimiento, el inteligible y la intelección. Este grado constituye la felicidad última del hombre en esta vida y en la futura. Luego la multiplicidad de los hombres en este grado débese tan sólo a la de sus órganos o instrumentos. En este grado no cabe la regresión o el descenso.

La influencia de Avempace en el campo filosófico fue enorme, pero su modo desordenado de presentar los escritos, sin conexión alguna, inacabados, agravado todo ello por haber encontrado en su discípulo Averroes, no sólo un sucesor genial, sino un sistema-

tizador acabado, han sido motivos más que suficientes para que su nombre quedara, injustamente, postergado.

Maimónides confiesa haber tomado de Avempace la teoría neoplatónica del influjo que en las esferas celestes ejerce el espíritu divino. "El grado más sublime —dice— a que ha llegado el hombre en estos tiempos es el de concebir a Dios como el espíritu de la vida celeste, y los astros son el cuerpo cuyo espíritu es Dios. Así lo enseña Abubequer Abenasaig..." [115].

Pero no es sólo en el campo filosófico donde Avempace es figura digna de destacarse, sino que también es famoso como botánico, hasta tal punto que puede ponerse a la altura de los mejores de al-Andalus. Es quizá el campo en que más restos nos han quedado, pues, a pesar de su brevedad, la colección de Ibn al-Imām presenta cinco folios dedicados al estudio de las plantas [116].

Consta, porque así lo cita el malagueño IBN AL-BAYTAR [117] "no menos de doscientas veces" [118], que AVEMPACE escribió un *Libro de las experiencias* que completaba el libro sobre los medicamentos simples del toledano Ibn Wāfid [119], en colaboración con Sufyān al-Andalusī. Este libro, hoy perdido, pero conservado de un modo fragmentario en algunos extractos, demuestra el conocimiento profundo que nuestro autor poseía en materia de medicamentos simples. Ibn al-ᶜArabī, en su *Futuḥāt* [120], presenta una curiosa anécdota relativa a la cultura botánica de Avempace, al que presenta departiendo amistosamente con Ibn Zuhr [121]. El solo hecho de poner en contacto a una figura de la talla de Avenzoar con la de Avempace ya atestigua la consideración en que éste era tenido, consideración que ya expresa el narrador en palabras concisas, pero que no dan lugar a dudas cuando dice que "era de los hombres más doctos en Medicina y especialmente en la farmacología vegetal" [122]. Profundo conocedor de la flora de al-Andalus y, concretamente, de la perteneciente a la Frontera Superior, nos proporciona datos curiosos, de interés médico y filológico a la vez.

---

[115] Cf. ASÍN, *El filósofo zaragozano Avempace,* en "Rev. de Aragón", p. 281.

[116] Ms. Oxford, fol. 111 v., 116 r. Este ms. árabe de la Bodleyana de Oxford (Poc. 206) es de escritura oriental y consta de 223 folios de veintisiete líneas. Ms. Berlín fol. 122 v., 126 r. Este, de la biblioteca real de Berlín núm. 5.060, es de escritura oriental y consta de 227 folios de 29 líneas, fechado el año 607 de la hégira. Cf. ASÍN, *Avempace botánico,* en "Al-Andalus", V, 1940, p. 256, n. 2.

[117] Célebre botánico del siglo XI.

[118] Cf. SARTON, *Introduction History Science,* II, 183.

[119] El Abenguéfith de los latinos medievales (m. 1074).

[120] *Futuḥāt makkiyya,* Cairo, 1293, H., t. II, p. 582.

[121] El famoso clínico sevillano Avenzoar, nacido hacia 1021-24 y muerto en 1061-62.

[122] *Futuḥāt,* loc. cit.

Por no hacer demasiado extensa una relación que, a fin de cuentas, resultaría prolija, nos limitaremos a consignar algunas de las plantas medicinales que menciona Avempace en su tratado. Dice así: "De las [plantas] medicinales, unas son para entrar en calor y otras para refrescar; unas son útiles para un miembro determinado, como *la hierba del uréter;* otras son buenas para una determinada enfermedad, como la peonía para la epilepsia; otras son laxantes, como la escamonea, o diuréticas como el guisante o el garbanzo. Otras son útiles contra los tóxicos, como la higuera y el avellano" [123].

Esta recopilación botánica de la que entresacamos algún dato con fines ilustrativos demuestra los conocimientos que poseía Avempace. No podemos dejar sin comentario una curiosa teoría que expone en su tratado. Presenta el problema de los casos anómalos en los reinos vegetal y animal, y las dudas que la observación de los mismos le suscita. "Decimos que la planta se nutre y tiene alma vegetativa —expone—. Pero, cabalmente, esto sugiere dudas respecto de algunos seres que ocupan un lugar intermedio entre la planta y la piedra, y asimismo acerca de otros cuerpos intermedios entre la planta y el animal, tomando de cada uno de éstos su parte, como ocurre con la esponja de mar. El ser intermedio entre los cuerpos físicos y los cuerpos animados, lo es también entre ambos y las plantas, pues entre los minerales se da siempre entre lo más remoto y lo más próximo. Por eso se da medio entre el ser animado que percibe (que es el animal irracional) y el ser animado que no percibe (que es la planta). Y de aquí se infiere que es preciso pensar que el hombre es un género distinto del animal, puesto que entre él y el animal que no percibe hay medio, que es el mono" [124].

Cabe sospechar, tras estas palabras, aunque no precise claramente cuál es su punto de vista ni dé una solución efectiva de la cuestión, un atisbo de evolucionismo, si bien no se le puede considerar incluido en el grupo de los precursores de esta tendencia, al-Ŷāḥiz o al-Masʿūdī [125].

Todavía no ha terminado la notable aportación de Avempace, sin duda la más importante de todos los autores musulmanes del reino de taifas de Zaragoza. No sólo serán notables sus exposiciones botánicas, semievolucionistas, y la teoría de la unidad del

---

[123] ASÍN, *Avempace botánico,* loc. cit., p. 287.

[124] Ib., p. 289.

[125] SARTON, *Introduction...,* I, 597, 638, según cita de ASÍN, *Avempace botánico,* loc. cit., p. 263, n. 1.

entendimiento activo que luego se afianzará en el averroísmo, sino que en él aparece, antes que en ningún otro, "la reacción de la Física y Cosmología peripatéticas contra la hipótesis de Tolomeo: de los epiciclos y de los excéntricos" [126]. A partir de él y desarrollando su doctrina, sus discípulos —Ibn Ṭufayl, principalmente— se intentan explicar por distintas causas las irregularidades del movimiento de los astros.

No se crea que Avempace, por el hecho de seguir la tradición de la corte de los Banū Hūd, sólo sea un científico. Es, también, un notable poeta que siente la inspiración con un fervor extraordinario y, sobre todo, un virtuoso del ritmo. Parece que la poesía es música antes de convertirse en palabras. Es que para Avempace no representa esfuerzo hacer realidad, convertir en palabras, la idea musical. Era un excelente músico y tocaba muy bien el laúd [127]. Su fama como tal no fue menor que la que disfrutó, como justo homenaje, en las otras ramas del saber.

La teoría de la música que Ibn Firnās [128] fue el primero en introducir en al-Andalus tuvo muchos maestros. El libro que se estudiaba era el de al-Fārābī, hasta que el filósofo zaragozano, que tanto se distinguió como inspirado compositor de hermosas y célebres canciones, compuso un tratado [129].

No nos extraña que su discípulo Ibn al-Imām le llame un verdadero fenómeno y una maravilla para su siglo, ni que los elogios suenen en boca de uno de sus peores enemigos. Se trata de Ibn Jāqān, quien se refiere a Avempace en las siguientes palabras: "La luz de su inteligencia brilló esplendorosa al demostrar de manera concluyente y decisiva la verdad de todas sus opiniones. La fama de su siglo circunda por todos los países de la tierra. Trató de aquilatar el valor de los humanos conocimientos y fue equitativo en su crítica. Supo inclinar y bajar hasta los entendimientos menos aptos las ramas todas del árbol de la ciencia. Sustituyó por demostraciones apodícticas la ciega aquiescencia a las razones de autoridad, probando de manera cierta y evidente que tras la muerte hemos de volver a la vida. La ignorancia de sus adversarios al herir el eslabón de su inteligencia veíase abrasada por las chispas

---

[126] MILLÁS, *Assaig*, p. 83.

[127] GAYANGOS, *History Muhamm. Dynast. in Spain*. Londres, 1848, Appendix III, pp. XII-XVI, según ms. de Ibn Abi Usaybi'a, n.º 7, 3.400 del Museo Británico. Dice que "como médico, era uno de los más eminentes que jamás vivieron. Versado en lengua y literatura árabes, sabía el Corán de memoria. Era un excelente músico y tocaba muy bien el laúd".

[128] Cf. AL-MAQQĀRĪ, *Analec.* II, p. 255.

[129] Cf. RIBERA, *La enseñanza entre los musulmanes españoles*, en "Disert. y Opúsc.", p. 302.

que el choque hizo saltar. Su mente, como profundo océano, rebosaba en todo género de ciencias. Y, sin embargo, él se abismó en todas y cada una de ellas. Súmase a todo eso la pureza de su alma y su castidad, que, naturalmente, le hacían abominar de toda depravación en las costumbres; su fortuna en seguir la felicidad que hermosea la existencia. La urbanidad y política de que hacía gala en el trato social brillaba con fulgores tales que darían celos a los astros más refulgentes. Sus poemas entusiasmaban y conmovían los corazones. Las nacaradas perlas de los mares habrían deseado ser ensartadas en sus versos. Como los más rasgados ojos gustan hermosearse con el antimonio, los asuntos más poéticos pedían ser embellecidos con las galas de sus cartas. Sus poesías, en fin, tenían la virtud de disipar la tristeza y el dolor de los corazones de los hombres" [130].

*La emigración de los últimos restos de cultura.*—Bien se cierra el periodo de los taifas de Zaragoza con una figura como Avempace, quizá el autor más genuinamente representativo del esplendor que alcanza en el siglo XI. Porque una vez realizada la conquista de Zaragoza por Alfonso el Batallador, gran número de musulmanes que no quisieron permanecer bajo el dominio cristiano emprenden su último y definitivo desplazamiento o éxodo hacia tierras de Levante —Valencia, Murcia— en busca de seguridad. Un siglo antes, la bella capital de los tuŷībíes les acogía cuando tuvieron que huir de la saqueada Córdoba, en continuas revueltas. Ahora es el peligro cristiano el que pone fin a su vida despreocupada y alegre, que se les ha ido de las manos entre cantoras y laúdes. Valencia, sobre todo, será la que sucederá a Zaragoza. Valencia será el asilo de los últimos refugiados de la Marca Superior y el arca donde serán llevadas las últimas representaciones de la cultura árabe en el valle del Ebro. Era Valencia —y en general todo el Levante— la única puerta de escape.

Esta emigración fue importante y tuvo interés por su especial carácter y porque muchos de los emigrados fueron intelectuales, entre los cuales figuraban no pocos libreros, que a medida que avanzaba la conquista de sus ciudades por los cristianos, iban buscando zonas de mayor seguridad donde establecerse. Tenemos testimonios de que fueron numerosos los musulmanes aragoneses que pasaron a Valencia.

---

[130] IBN JĀQĀN, *Qalā'id...*; trad. ASÍN, en *El filósofo zaragozano Avempace*, en "Rev. de Aragón" (1900-1).

Aquí presentaremos brevemente tan sólo algunos famosos libreros musulmanes aragoneses que fueron a establecerse en la capital del Turia. La profesión de librero estaba muy arraigada, dado el gusto creciente y la afición extraordinaria que en al-Andalus se sintió por los libros [131]. No nos referimos solamente a la época califal, sino a la de los mismos reinos de taifas, donde siguió desarrollándose la afición por las letras. Y uno de éstos, como hemos tenido ocasión de ver a través de estas páginas, es el reino de taifas de Zaragoza.

Queda en Aragón, gracias a los biógrafos árabes que venimos consultando, el recuerdo de alguno de estos libreros que se vieron obligados a emigrar, con la conquista, a Valencia. Esta fue la capital elegida por los bilbilitanos Sīdrāī, Muḥammad y Sulaymān, que tenían tienda de libros y tuvieron que desplazarse cuando después de la batalla de Cutanda el año 514 (= 1120) los cristianos se apoderaron de Calatayud [132]. Otros libreros y bibliófilos pasaron también a Valencia, tales como el zaragozano IBN SANDŪR B. MANTIL [133], coleccionador de obras poéticas; IBN ABĪ-L-BAQA [134], que se ganaba la vida copiando libros, y otros muchos [135], entre los que no podemos pasar por alto a Aḥmad, de la familia de los Banū al-Ṣagīr, hábil copista que llegó a ser bibliotecario real de los almohades [136].

No sólo fue Valencia la que tuvo que acoger a todos esos musulmanes aragoneses que tuvieron que emigrar. Fueron también Murcia, Orihuela, Denia, Almería, Granada, Córdoba, Sevilla y el Oriente, adonde fueron a establecerse aquellos musulmanes, algunos de los cuales, a pesar de su condición de emigrados de la Frontera, por su cultura y por sus cualidades llegaron a obtener altos cargos, como predicadores en las mezquitas, jefes de oración e incluso el cadiazgo [137].

---

131 Cf. RIBERA, *Bibliófilos y bibliotecas en la España musulmana*, en "Disert. y Opúsc.", pp. 181-228.

132 *Takmila*, biog. 902 y 677.

133 Id., biog. 1.311.

134 Id., biog. 918

135 RIBERA, *Bibliófilos y bibliotecas en la España musulmana*, en "Disert. y Opúsc.", pp. 212- y 214.

136 Ibidem.

137 Véanse, entre otras, las biografías siguientes: *Ṣila*, núms. 166, 283, 327, 424, 1.150, 1.175, 1.394, y *Takmila*, núms. 540, 1.585, 1.665.

## El movimiento viajero: Sus causas y su influencia en el desarrollo de la cultura árabe en el valle del Ebro

Las primeras manifestaciones culturales que tienen lugar en al-Andalus son de una pobreza natural como corresponde a un país conquistado y en el que la seguridad del territorio tiene la primacía sobre las demás manifestaciones, sean del orden que sean.

No tardan en surgir, sin embargo, una vez pacificado el territorio, establecidas las fronteras con los cristianos de un modo más o menos definitivo y apaciguadas las disensiones internas, los primeros brotes de una cultura que, forzosamente, ha de ser importada. El Oriente musulmán será el encargado de condicionar la vida toda de al-Andalus desde el ideario teológico hasta los detalles más nimios de la vida. Ziryāb, a mediados del siglo IX, traerá e impondrá la moda en el vestir, en el peinado, en las canciones, y la corte de los Omeyas se verá convertida en un fiel reflejo de las cortes orientales.

Será preciso que caiga todo el bien construido edificio político para que soplen aires de independencia cultural para el Islam de Occidente. Pero hasta ese momento, los musulmanes españoles sólo aspiran a viajar a Oriente, donde poder saturarse del ambiente literario y científico que allí se respira. Todo son facilidades para aquel que quiere aprender y llevarse un brote de cultura que luego podrá transplantar a su región de origen. Los califas rivalizan en dispensar privilegios y favores a mezquitas y colegios, y se crean escuelas científicas [138].

Los maestros orientales gozaban de una extraordinaria reputación y, siguiendo los consejos dados por Mālik b. Anas, de que no debía aprenderse sino de aquellos que hubieran estudiado y asistido a clase de profesores que supieran [139], hubo una tendencia y un afán extraordinarios por aprender de aquéllos. Todo aquel que alcanzaba un alto grado de saber y adquiría fama de científico era solicitado inmediatamente a fin de que divulgara sus enseñanzas y su saber [140].

---

[138] En Alejandría, el extranjero que iba a aprender disfrutaba gratuitamente de hospedaje y maestro, y en caso de necesitarlo, de baño y servicio médico. En Damasco se repartía un tanto diario a cada persona que acudía a aprender unas cuantas azoras del Corán. La asistencia solía ser de unos quinientos alumnos, y los occidentales formaban grupo aparte con sus maestros. Cf. *Riḥla de Ibn Ŷubayr* (ed. W. Wright, Leiden, 1582, pp. 38, 49, 273, 274, 280 y 286), según nota de Ribera, *La enseñanza entre los musulmanes españoles*, I, p. 246, n. 1.

[139] *Takmila*, p. 12.

[140] Ribera, *La Enseñanza...*, p. 306.

Este movimiento de Occidente a Oriente, que en un principio tuvo como causa primordial la escasez de conocimientos y el atraso y el afán de cultura, se convirtió, más tarde, en algo más bien tradicional, que la fuerza de la costumbre y el hecho de tener que hacer la peregrinación hacían que continuase. Muchos, por el simple placer de oir a maestros famosos, emprendían el viaje a Oriente y volvían a al-Andalus con la *iŷāza*. Ni que decir tiene que, a veces, los maestros no siempre tenían la competencia requerida, y muchos obraban con falsedad al redactar los títulos correspondientes a las enseñanzas que profesaban.

Este movimiento viajero, si fructífero fue para el Sur de al-Andalus, convirtiendo a Córdoba en el foco cultural más importante de la Europa medieval, no lo fue menos para el valle del Ebro, sobre todo durante la segunda mitad del siglo X y el XI.

Un verdadero afán para visitar las suntuosas cortes orientales se apodera de los espíritus, prescindiendo del precepto que les impone la peregrinación a la Meca. Sería lo mismo si no existiera esta razón. No hay ni un solo caso, o al menos no nos consta, que alguno de los personajes biografiados vaya a Oriente a hacer la peregrinación tan sólo. Les impulsa el afán de saber, por el que no vacilan en emprender viajes que ni siquiera hoy día nos parecen fáciles, por un motivo u otro.

Un caso que viene a la medida para corroborar nuestras afirmaciones anteriores es el que nos ofrece una figura notabilísima de Zaragoza; Qāsim b. Ṯābit b. Ḥazm b. Abd al-Raḥmān b. Mutarrif b. Sulaymān b. Yaḥyà al-Awfī (Abū Muḥammad). Nació en 255 (= 869) y murió en Zaragoza el año 302 (= 914) [141]. Emprende un viaje con su padre y recorre —al menos eso dicen sus biógrafos— Egipto y la Meca. Pero no van sólo a hacer la peregrinación. Aprende, en Egipto, de Aḥmad b. Šuᶜayb al-Nisāᵓī y de Aḥmad b. ᶜAmrū-l-Bazzār. En la Meca escucha las lecciones de ᶜAbd Allāh b. ᶜAlī al-Ŷārūd y de Muḥammad b. ᶜAlī al-Ŷawharī. Los resultados no pueden ser más fructíferos. Se dan la satisfacción de escuchar a los maestros más autorizados, y por añadidura se ganan el calificativo de sabios —muy merecidamente— a su vuelta a al-Andalus. Tienen, además, otro mérito, y es que el brote que ellos han traído de Oriente servirá para, más tarde, florecer en pleno siglo XI. Es que allí estos viajeros conocen y se impregnan de las mejores obras del siglo de oro del Oriente musulmán. Las

[141] IBN AL-FARADĪ, *Taᵓrīj ᵓulamā*, biog. 1060. AL-DABBĪ, *Bugyat al-multamis*, biog. 1.300, dice que es autor del libro *Garīb al-hadīt*, que estudió y completó su hijo Ṯābit.

conocen y las introducen en al-Andalus. El autor que nos ocupa dicen que fue el primero que dio a conocer, de este modo, el *Kitāb al-ᶜAyn* [142]. Es decir, son portadores de valores nuevos y almacenan, por otra parte, nuevas ideas que sirven de base a la redacción de sus obras. Qāsim compuso un libro de tradiciones, comentario, al que llamó *Kitāb al-dalā'il* [143]. Rehusó desempeñar el cadiazgo de Zaragoza y murió joven, sin poder terminar su obra, que acabó su padre, Ṯābit.

Este autor, además de lo dicho, trajo consigo un rico bagaje de jurisprudencia, gramática y poesía, ramas del saber que privaban en el Oriente durante los últimos años del siglo IX y el X.

Esta aportación que viene del Oriente a través de los viajeros es lenta, pero gradual, porque la enseñanza agrupada alrededor de personas de alto prestigio intelectual podía difundir cuantas novedades literarias o científicas circulaban por Oriente, las cuales eran traídas por estos viajeros, en quienes el interés por saber cosas nuevas anulaba los demás obstáculos de todo orden que pudieran existir.

Casos como el que citamos son, por lo abundantes, farragosos. Todas las biografías que tienen interés para esta cuestión que aquí tratamos vienen a repetir, en líneas generales, con la monotonía característica de los diccionarios biográficos, las mismas frases: "Viajó a Oriente", o "Fue a Oriente" o "Estudió en Oriente".

Por no hacer excesiva esta enumeración de musulmanes que se desplazan desde la Marca Superior a los distintos puntos de Oriente, nos limitaremos a presentar otro caso. Es el del zaragozano ABŪ-L-ABBAS AL-GAMRĪ [144], que fue a Oriente. Esta expresión tan sencilla, y que especifica tan poco, encierra viajes por los lugares más distantes, persiguiendo siempre la misma idea: la de escuchar de labios de los inigualables maestros orientales las más diversas lecciones sobre las más diversas ciencias: el saber y el beberlo en la propia fuente, sin intermediarios. Sufren muchos de estos viajeros lo que con gran acierto llama Pérès [145] el "espejismo oriental". Y nuestro autor, y como él muchos, no vacila en recorrer Ifrīqiyya, Egipto, Siria, ᶜIrāq, el Jorasán y la misma capital de Bagdad. Un verdadero viaje a Oriente, en efecto, donde va buscando con ansiedad un nuevo maestro de fama en cada población que visita. En su

---

[142] Su autor es al-Jalīl ibn Aḥmad (m. en 786), que, según la tradición, codificó las reglas de la prosodia.

[143] YĀQŪT, III, 79, dice que completó el *Dalā'il* su padre, Ṯābit.

[144] DABBĪ, *Bugya,* biog. 1.410.

[145] PÉRÈS, *La poésie andalouse,* cap. III, pp. 40-54.

jira intelectual aprendió nada menos que de mil maestros, según sus biógrafos. Sin embargo, no parece que debió de quedar muy satisfecho de la enseñanza que recibiera, puesto que escribió una obra de protesta por la falsedad con que se redactaban, en muchas ocasiones, los títulos que se concedían una vez cursados estudios con determinados maestros. Abū-l-ᶜAbbās al-Gamrī muere en 392 (= 1022).

En el poco tiempo que media entre esta última fecha y la caída del califato, cambiará por completo el ambiente cultural del valle del Ebro. El salto que va del siglo X al XI, en este aspecto, es gigantesco. Algunos autores como Ibn Darray al-Qastallī, del que nos ocuparemos más adelante, aún suspirarán por el ᶜIrāq como soñado edén de sus ambiciones. Pero la realidad es que en al-Andalus, más concretamente en el valle del Ebro, surgirán figuras que nada envidiarán a las más famosas del Oriente. Para acabar de verificar la transformación, los orientales que vienen a la península a alardear de cultura son considerados inferiores, sin el prestigio de antes. Y esto no obstante, casi por una tradición o por la fuerza de la costumbre, veremos desfilar a los musulmanes de la Marca Superior, en hilera interminable, por los caminos de Oriente. Y no es difícil ni raro que después de estudiar "con numerosos maestros" [146] traigan multitud de noticias y de tradiciones que no existían con anterioridad en el territorio de al-Andalus.

Ya en la primera mitad del siglo XI, con la dinastía de los tuyībíes, se notará la diferencia que existe entre pocos años atrás y el momento que se vive. Aunque aquellos reyes, en sus títulos, imiten la grandeza de los califas de Oriente, en su espíritu son independientes y libres de toda relación que no sea soberana. Ya no se imita servilmente, como antes, sino que se intenta crear. En adelante habrá viajeros a Oriente, pero no serán tan numerosos ni, salvo algún caso excepcional, como el de al-Kirmānī, harán aportaciones dignas de tenerse en cuenta. Saldrán de los puntos más diversos, no sólo de las capitales, donde el ambiente empieza a retener con fuerza, sino también de las poblaciones de segundo orden. Zaragoza, Huesca, Calatayud, Daroca, Barbastro y otras, verán emprender la eterna peregrinación a Oriente, pero ya sin concederle excesiva importancia.

Ahora ya se han cambiado los papeles. Y si alguno como ABU-L-FUTŪḤ ṮABIT B. MUḤAMMAD AL-ŶURŶĀNĪ [147], viene como emba-

[146] IBN AL-FARADĪ. *Taᵓrīj*, biog. 1.597.
[147] Cf. DOZY, *Hist. Mus. Esp.*², III, pp. 30-31.

jador de Oriente, la impresión será desastrosa. El sabe Filosofía y Astronomía, que ha estudiado bajo la dirección de los hombres más sabios de Bagdad, y, al mismo tiempo, es un excelente caballero y un guerrero intrépido. Llega a al-Andalus en 1015 y reside, primero, en Denia, pero no tarda en sentir el cosquilleo ambicioso que la fama de la generosidad de Mundir ibn Yahyà le produce. Y se dirige a Zaragoza. Mundir I le honra con su amistad y con una confianza sin límites, puesto que le confía la educación de su hijo. Pero no pasa mucho tiempo, y Mundir prescinde de sus servicios, sin que sepamos las causas, y tiene que marcharse a Granada.

El paso de este personaje, que viene de Oriente y que ha aprendido con los maestros más famosos de Bagdad, por la capital de la Marca Superior, transcurre con una monotonía sin límites, hasta el punto de ser pronto desplazado. ¿Lo sería quizá por alguno de los musulmanes zaragozanos o por algún personaje judío que ya sobresalía con justa fama en la corte del monarca tuŷībí? No lo sabemos, pero sí nos consta que su estela no es la que deja un sabio colmado de prestigio, sino la de un aventurero, casi un bufón que trae y lleva chismes en la corte.

Aun en estas circunstancias puede mucho todavía la costumbre, y quizá por ello el viaje a Oriente sigue figurando como el complemento inevitable para todo el que se precie de tener una educación y una formación intelectual sólidas y esmeradas. Así lo consideran, entre muchos, Saᶜīd b. Yūsuf b. Yūnus al-Umawī (Abū Utmān), de Calatayud [148]; Yūsuf b. ᶜUmar b. Ayyūb b. Zakkarīyya al-tuŷībí (Abū ᶜUmar), de Barbastro [149]; Jalaf b. Utman b. Mufarrīŷ (Abu Saᶜīd) de Zaragoza [150], y tantos otros que no mencionamos por no hacer enojosa la enumeración.

Por lo que respecta al tiempo de los Banū Hūd, no se señalan diferencias notables. Las ya reseñadas sirven perfectamente para este periodo. Unicamente cabe destacar el hecho de que cobra un incremento extraordinario la importancia concedida a los estudios coránicos, tanto los de lectura como los de exégesis. Muchos de los musulmanes de la Marca Superior que emigran en este periodo a Oriente son virtuosos varones, ascetas, y, de algunos, como Yahyà b. Muhammad b. Ḥasan al-Qilaᶜī (Abū Muḥammad), de Calatayud [151], se especifica incluso que "prolongaba el ayuno habitual y ordinario".

[148] *Ṣila*, biog. 464.
[149] *Ṣila*, biog. 1.378.
[150] *Ṣila*, biog. 1.432.
[151] *Takmila*, biog. 2.036.

Es curiosa esta reacción apuntada en los últimos años del reino de taifas de Zaragoza. Parece como si algunos de los que presencian el espectáculo alegre y frívolo de la corte del último Banū Hūd presintieran el fin y buscaran consuelo y refugio en las prácticas religiosas. Este contraste —placer y austeridad—, que suele acusarse muy pronunciado en periodos críticos de la historia de algunos reinos, se pone bien de manifiesto en todos los musulmanes que van a Oriente. Allí se saturan de ciencia coránica que luego explican en las mezquitas de sus respectivas localidades [152]. La mayoría, no obstante, pasa sin pena ni gloria [153].

*La inmigración del sur de al-Andalus a la Marca Superior.*— Hemos visto ya que, a pesar de que sigue la tradicional costumbre de viajar a Oriente, aprovechando el precepto islámico de la peregrinación a la Meca, por encontrarse éste en franca decadencia política y cultural las aportaciones que se verifican en el valle del Ebro son escasas, en el siglo XI, por no decir nulas y de poco valor científico. Pero esto no quiere decir que estas aportaciones o influencias orientales no existieran en realidad. Efectivamente, hubo influencias orientales, pero fueron propagadas por vía indirecta. Nos referimos al movimiento inmigratorio que impusieron las circunstancias políticas a la caída del califato y al estallar la *fitna,* que habían de desquiciar el bien trazado y abonado campo cultural de Córdoba. Muchos autores, literatos, poetas distinguidos, algunos de ellos con su vida amenazada, huirán hacia las zonas del Norte, concretamente hacia la Marca Superior, y allí depositarán su rico bagaje cultural. Porque todos ellos, sin excepción, habrán vivido en la Córdoba culta donde las huellas de Oriente son tan profundas que sólo se pueden borrar al morir y desaparecer su antiguo esplendor. Como estrellas fugaces, los hombres ilustres que formaban su corona se dispersarán por el cielo de al-Andalus, y el Oriente palpitará en sus creaciones como un homenaje póstumo, en pleno siglo XI, en el valle del Ebro, cuando ya ni los que vienen de aquellas tierras traen aires de renovación.

Así, la influencia oriental que existe en el valle del Ebro arranca, por un lado, de los viajeros musulmanes de la Marca Superior del siglo X, pero, fundamentalmente, del empuje que recibirá por los personajes emigrados de Córdoba y del sur de al-Andalus —por

[152] *Sila,* biog. 906, y *Takmila,* biog. 582.

[153] Vid., entre muchos de los que peregrinaron, *Sila,* biog. núms. 1.316, 652, 450, 750, y *Takmila,* biog. 487, 1.914 y 2.144.

efecto de la revolución y de la inestabilidad política— y refugiados en Zaragoza.

La aportación es muy diversa, y vamos a analizarla siguiendo a los autores y no por materias, ya que algunos, incluso de Córdoba, van a Oriente y, a su vuelta, fijan su residencia en Zaragoza o en alguna otra ciudad del valle del Ebro.

Constituyen legión los personajes que emigran de Córdoba hacia el Norte. La *Takmila* y la *Ṣila* nos dan testimonio de numerosísimos casos que se encuentran entre sus biografías. Del conjunto destacan dos especialmente, por su importancia. Son los cordobeses IBN AL-KINĀNĪ y AL-KIRMĀNĪ, de los que nos vamos a ocupar seguidamente.

Abū ᶜAbd Allāh Muḥammad b. al-Ḥusayn, más conocido por IBN AL-KINĀNĪ, era de origen cordobés, y Córdoba fue el primer centro de sus actividades científicas. Le correspondió vivir el agitado periodo de la caída del califato y, según el testimonio de Ibn Ṣāᶜīd al-Andalusī [154], al principio de la *fitna* se trasladó a Zaragoza, donde fijó su residencia.

En general, los biógrafos árabes, salvo raras excepciones, suelen ser parcos en informar sobre la vida y hechos de los personajes mencionados, y apenas si un detalle deja entrever la calidad y rango más o menos elevado que adornaban al biografiado. Pero, en el caso concreto de IBN AL-KINĀNĪ, se conservan algunos datos que nos dan luz sobre las actividades intelectuales que llevó a cabo durante su estancia en el valle del Ebro y, más concretamente, en Zaragoza.

Sabemos que tenía una inteligencia notable cuyos horizontes eran ilimitados, puesto que abarcaban el estudio de la Lógica, la Astronomía y otras ciencias muy diversas. Además, estaba en posesión de un espíritu penetrante, inclinado a la inducción y a la deducción. Este conjunto de cualidades, favorecido por la alta posición social de que gozaba, había de repercutir en toda su obra, proporcionándole una gran fama.

La aportación más interesante de este autor se refiere al campo médico de Aragón o, mejor dicho, de la Marca Superior, ya que entre las ciencias en que sobresalió sobre los demás se encontraba la Medicina *wa-kāna baṣīran bi-l-ṭibb* ('era docto en medicina'). Así parece demostrarlo el hecho de haber sido médico particular

[154] *Ṭabaqāt*, 82 tex., 148-49 tr. En otros textos se llama a Ibn al Kinānī Ibn al-Kattānī.

de Ibn Abī ᶜĀmir y de su hijo al-Muẓaffar. Al establecer su residencia en Zaragoza fue portador de todos los adelantos científicos de que disfrutaba Córdoba antes de la guerra civil y especialmente en uno de los campos que habían quedado atrasados, en un principio, con respecto a los demás: el médico.

En el siglo x había florecido allí, en Córdoba, ABU-L-CASIS, figura jalón en la historia de la Medicina, que ya había sabido rebelarse genialmente contra las prohibiciones coránicas que entorpecían el estudio del cuerpo humano [155]. Ibn al-Kināni destaca de una manera decidida la importancia de la anatomía. Su continua labor de observación personal, incluso la llevada a cabo en animales —genial precursor de las investigaciones médicas modernas— marcará nuevas rutas en la historia de la Medicina y en las aplicaciones terapéuticas.

Además, el movimiento viajero que de Oriente a Occidente tenía lugar llevaba el germen no sólo de sistemas nuevos de vida, sino de los avances que se verificaban en las distintas ramas del saber, y especialmente en la médica, por la aparición de Rāzī [156].

No es, pues, de extrañar que, a la vista de estos antecedentes, los médicos educados en Córdoba tuvieran una mayor posibilidad de beneficiarse de todas estas innovaciones, quirúrgicas sobre todo, que los del resto de al-Andalus. De aquí la importancia que tiene la llegada a Zaragoza de Ibn al-Kināñī. Aunque sus biógrafos no lo especifican de un modo claro y sólo dicen textualmente que "era docto en medicina, ciencia en la cual se distinguió", cabe sospechar, sin que sea demasiado arriesgado afirmarlo incluso, que la cirugía recibió con él un notable impulso en el valle del Ebro, quedando con categoría de ciencia distinta de la Medicina.

A su muerte, ocurrida hacia 1029, cuando tenía cerca de ochenta años, las nuevas directrices en el campo que acababa de abrirse quedarán definitivamente trazadas. Desde este momento gozarán de crédito los médicos, mientras algunos cirujanos, qua ya les van a la zaga, empiezan a distinguirse en esta especialidad.

La figura de Ibn al-Kināñī, acaballada entre los siglos x y xi, representa un paso más, digno de tenerse en cuenta, en el desarrollo de la ciencia médica, que, en el caso particular de la Marca Superior, a lo largo del siglo xi, se verá acrecentado por figuras de la talla de Avempace.

---

[155] Sabido es que Mahoma prohibió en sus leyes la representación de la figura humana y que, como consecuencia, no se practicaba la disección.

[156] Célebre médico persa del siglo x, considerado como el mejor clínico del Islam.

La aportación oriental de Ibn al-Kinānī a la cultura de la Marca Superior proviene, de fuente directa, de Córdoba, donde le fue transmitida.

Otro es el caso del cordobés Abū-l-Hakam ᶜAmr ibn ᶜAbd al-Rahmān ibn Ahmad ibn ᶜAlī AL-KIRMĀNĪ [157].

Hemos señalado anteriormente que a la caída del califato los científicos buscaron refugio en el norte de al-Andalus, en Toledo y Zaragoza, como capitales más importantes. Pero algunos, quizá buscando olvido al espectáculo sangriento y desolador de Córdoba bajo los efectos de la revolución, marchan fuera de al-Andalus. En la antigua capital de los califas, los intelectuales ya no pueden vivir. De ella se han borrado las huellas de su cultura, el oscurantismo ha tomado allí carta de naturaleza y los cordobeses pasarán de un refinamiento extremo a una vulgaridad espantosa [158]. No todos, sin embargo, se quieren dejar arrastrar por esta ola que amenaza con destruir rápidamente un pasado deslumbrante que ya parece muy lejano. El Oriente es la meta obligada, y allá se dirige al-Kirmānī, llegando hasta Harran, en Mesopotamia. Allí le encontramos entregado a los estudios de Geometría, ciencia para la que reunía condiciones notables y en la que pocos podían rivalizar con él, y a la Medicina. Volvió a al-Andalus y fijó su residencia en Zaragoza.

Podrían resaltarse muchos aspectos de su actividad, pero queremos destacar, por su importancia, su aportación como médico y como filósofo. No podemos pasar por alto el hecho de haber sido introductor de los opúsculos conocidos con el título de *Rasā'il Iḫwān al-Safā'* ("Epístolas de los Hermanos de la pureza") en la Marca Superior [159]. Dice a este propósito Ibn Sāᶜīd que nadie, anteriormente a él, las había introducido en al-Andalus. Con estas epístolas viene una corriente neoplatónica que refuerza la de Ibn Masarra y que servirá de contrapeso a la ideología peripatética de tipo racionalista.

Como dato curioso se hermana en al-Kirmānī el médico con el filósofo, ya que en la Edad Media la especialización científica no fue norma corriente [160]. El campo médico y el filosófico se interfieren con mucha frecuencia [161], y así, prescindiendo de las influen-

---

157 *Tabaqāt*, pp. 70-71 tex., 132-33 tr.

158 Ibn Ḥayyān, ap. Ibn Bassām. Según nota de BLACHÈRE, *La vie et l'oeuvre du poète-epistolier andalou Ibn Darraǧ al-Qasṭallī*, en "Hésperis", XVI, 1933, p. 109.

159 Sobre esta secta filosófica, véase *Encyclopédie de l'Islam*, II, 487.

160 Cf. ASÍN, *Ibn Masarra y su escuela*, "Obras escogidas", I, Madrid-Granada, 1946, p. 33.

161 En el siglo V de la Hégira, vemos filósofos españoles que profesan todavía las doctrinas metafísicas del médico persa al-Rāzī. ASÍN, op. cit., p. 34.

cias que en esta última pudo ejercer, hemos de resaltar, sobre todas, su labor como médico en Zaragoza, ciudad donde desarrolló sus actividades y donde, después de pasar la mayor parte de su vida, murió a los noventa años, en 456 (= 1066).

El estudio de las ciencias especulativas *(al-ʿulūm al-naẓarīyya)*, que tan pobre desarrollo tuvo en los primeros siglos de la conquista, según hemos dicho, irá tomando cada vez mayor incremento en el nordeste peninsular. Nos asombra un poco, pues, por la novedad que supone, leer los elogios que se tributan a nuestro autor, según los cuales no había otro igual a al-Kirmānī en las ciencias especulativas. Quizá sea un poco excesiva la alabanza, pero no cabe duda que había de distinguirse dedicándose a estos estudios que tan escasos cultivadores debían de tener.

Se dedicó, aparte de sus estudios de Aritmética y Geometría, a la Medicina, hasta el punto de sobresalir. Sus observaciones clínicas *(muŷarrabāt)* se consideraban notables. Fue famoso, además, por su habilidad en diversas experiencias quirúrgicas, sobre todo en cauterizar, amputar y otras operaciones.

Una vez más nos hemos de lamentar de la escasez y brevedad con que los biógrafos árabes nos dan noticia de estos sabios. No especifican, para poderlo afirmar de un modo cierto y contundente, cuál era su modo de actuar, teniendo que limitarnos a conjeturar que el sistema seguido en estas operaciones sería el de Abulcasis, que ya se había extendido considerablemente, y que al-Kinānī, el otro emigrado cordobés, se había encargado de traer a la Marca Superior y con buenos resultados. A su inmediato sucesor lo encontramos amputando, cauterizando y con fama, hecho que viene a demostrarnos la difusión de que gozaban los procedimientos de Abulcasis.

Los autores de que nos venimos ocupando desarrollan sus actividades en la corte de los tuŷībíes (al-Kirmānī alcanza la de los Banū Hūd). Especialmente la corte de Mundir I, verá llegar infinidad de emigrados que, o bien pasarán directamente de Córdoba a Zaragoza, o irán de Córdoba a Toledo y de ésta a Zaragoza [162].

Prescindiendo de los hechos políticos que obligan al desplazamiento a todos estos personajes que citamos, singularmente los poetas —Ibn Darraŷ al-Qasṭallī, por ejemplo—, parecen sentir una necesidad. Son, como los beduinos, nómadas que no echan raíces, que no se afianzan bajo la tutela de ningún señor por poderoso que sea, pletóricos de la nostalgia del pasado. Tal es el caso del poeta

[162] *Ṣila*, biog. 663, 49, 1.073, 67 y 372.

musulmán más notable que vive en las cortes de taifas de Zaragoza.

La poesía, como hemos visto, por sus escasos antecedentes en el valle del Ebro, dado el carácter fronterizo de la región, sólo está cultivada por los poetas sagrados hebraico-españoles o por los inmigrados arábigo-andaluces. No es mera casualidad que el Sur sea el centro de la poesía y Toledo y Zaragoza, ciudades fronterizas, centros de la ciencia.

Así, para darnos idea de la poesía en el siglo XI, durante el reinado de los tuŷībíes, tenemos la fortuna de contar con uno de los poetas cortesanos más famosos de al-Andalus: IBN DARRAŶ AL-QASTALLĪ [163]. Al lado de Mundir I, mecenas por excelencia, este poeta, a quien se ha comparado con al-Mutanabbī [164], parece olvidar la amargura decepcionante que él, como tantos poetas, siente a comienzos del siglo XI. Piensa en la salida de al-Andalus, de la tierra que no paga con sus alabanzas y dádivas su talento creador [165].

Ibn Darraŷ, en su panegírico de Jayrān, príncipe eslavo de Almería, decía en 1016:

> *Si el Occidente (ard al-Magrib) conoce el lugar donde he nacido y si compañeros y amigos me ignoran*
> *buena acogida me dispensará el Iraq (arḍ al-ᶜIrāq) a mi llegada y qué alegría manifestará el Jurasán por mí* [166].

Pero aunque aspire a marchar al ᶜIrāq, donde, en su capital, Bagdad, está centrado el edén para los grandes genios, la situación tampoco es como en los ya pasados tiempos de esplendor [167]. Parece presentirse el fin. También la amargura se ha cebado en el corazón de los poetas de Oriente.

Ibn Darraŷ siente la necesidad de horizontes más favorables y se encamina a la corte de Mundir en fecha incierta [168]. Su actuación de poeta cortesano presenta los matices característicos del asala-

---

[163] Cf. BLACHÈRE, *La vie et l'oeuvre...*, pp. 99-121.

[164] El más famoso de los poetas árabes neoclásicos. Nacido en Kūfa en el siglo IX. Véase GARCÍA GÓMEZ, *Cinco poetas musulmanes* (Col. Austral), y BLACHÈRE, *Al-Mutanabbi. Un poète du IV siècle de l'hégire.*

[165] Véase IBN ḤAZM, *Risāla*, en *Analec.*, II, 1920. Según cita de PÉRÈS, *La poésie andalouse*, p. 49, n. 1.

[166] PÉRÈS, *op. cit.*, p. 48, n. 6.

[167] GARCÍA GÓMEZ, *Bagdad y los reinos de Taifas*, en "Rev. de Occidente", CXXVII, 1933, pp. 1-22.

[168] Cf. BLACHÈRE, *La vie et l'oeuvre...*, p. 112.

riado que condiciona su talento poético a las circunstancias. Para el suelo donde Ibn Darray ha encontrado el ambiente propicio para sus actividades sólo tendrá palabras de elogio. De este modo encuentra satisfechas sus aspiraciones y, además, quizá unos cuantos dinares —recompensa a sus ditirambos— aumentan su menguado haber.

Dice:

> *Me he establecido en una tierra cuyas arenas han sido sustituidas por oro y perlas, y mis ojos se han sentido deslumbrados* [169].

La tierra le acoge con generosidad y el príncipe de Zaragoza le distingue con sus mercedes. Y él corresponde:

> *Que los príncipes saben que yo he encontrado un protector que vale más él solo que todos juntos;*
> *un monarca elegido por la gloria del Todopoderoso que, aunque a regañadientes de ellos, ha echado sobre mí su manto en señal de protección.*

Y aún dice más:

> *Amigos del buen vino, despertad y preguntadme cuáles son las acciones generosas de Mundir!*
> *Mundir es un príncipe que, aunque seáis pedigüeños, si buscáis su favor os lo concederá sin vacilar* [170].

A su alrededor se forma un círculo de discípulos y admiradores que siempre tienen algo que aprender de él. Y, aunque siente la nostalgia de su vida errante primitiva, no deja de darse cuenta que van pasando los años y quizá con una sonrisa triste va contemplando cómo pasan sus años en calma.

Sus biógrafos, Ibn Baškuwāl [171] y Ḍabbī [172], declaran que en sus versos y en sus epístolas tenía una disposición especial por la cual él ponía de manifiesto su fuerza y su poder. No obstante este juicio, su poesía acusa una gran pobreza intelectual. Parece no importarle el fondo, sino sólo la forma, que rebosa perfección.

---

169 A'MĀL, p. 230.
170 Cf. BLACHÈRE, *La vie et l'oeuvre...*, p. 113.
171 *Sila*, biog. 42.
172 *Bugya*, biog. 147.

Posesía artificiosa, puesto que es pagada. El "oficio" se dejará ver a través de sus versos con demasiada frecuencia. Hábil hasta el máximo, conocedor profundo de las artimañas de la profesión, será el poeta cortesano que surge en el mundo musulmán cuando aparece un centro cultural. En Oriente y Occidente el caso será el mismo. Pero en al-Andalus, la poesía que tenderá a romper estos moldes preestablecidos, conseguirá su propósito cuando una poesía campestre, jugosa y mucho más espontánea desplace el convencionalismo de la puramente cortesana.

Otros literatos notables acudirán al valle del Ebro a disfrutar del fasto que la corte de los Banū Hūd respira. Cuando el célebre poeta, el inquieto, ambicioso y diplomático Ibn ᶜAmmār de Silves, cae en desgracia y ha de huir de al-Muᶜtamid de Sevilla, va a refugiarse a la corte de al-Muqtadir, continuando en la de su sucesor al-Muᶜtamin hasta que fue entregado a al-Muᶜtamid, a quien había traicionado.

Algunos de estos poetas y literatos ocuparán el codiciado cargo de secretarios cerca de los príncipes *hūdíes*. Yūsuf b. Ŷaᶜfar, b. Yūsuf b. Aḥmad b. Muḥammad al-Qaysī AL-BAŶĪ (Abū ᶜUmar) [173], es uno de ellos. Literato experto, se convierte en *kātib* de los Banū Hūd y pasa a la posteridad por una célebre carta que compuso para que al-Muqtadir felicitara a al-Muᶜtadid Muḥammad b. ᶜAbbād de Sevilla, por la conquista de Carmona en raŷab de 460 (= 1068).

Todos serán figuras destacables por un aspecto u otro, pero tan numerosas que algunas de ellas acaban por pasar inadvertidas [174].

Todo el impulso cultural que los emigrados cordobeses han traído durante el reinado de los tuŷībíes parece tener en el de sus sucesores, los Banū Hūd, una legítima consecuencia: la de la originalidad. En la primera mitad del siglo XI se han de imitar, en gran parte, los modelos orientales que se van asimilando poco a poco. En la segunda mitad ha ido calando hasta lo más hondo toda esta filtración cultural, la de Oriente y la de Córdoba, y ya se sienten dueños de su propio valer. Los musulmanes del valle del Ebro no tendrán necesidad de recurrir a lo venido de puertas afuera. Oriente, a través de Córdoba, y Córdoba misma, significará cada vez menos en la cultura que, llegado su florecer, apenas se tiene tiempo de gustar sus delicias. La independencia cultural se pone de manifiesto en el hecho de que las figuras que sobre-

[173] *Takmila,* biog. 2.074.

[174] Véanse, además, entre otras, *Ṣila,* biog. 150, y *Takmila,* biog. 1.977.

salen son ya nacidas en las ciudades de las riberas del Ebro, y su labor, auténticamente personal, está impregnada de un tinte particular que les caracteriza. No serán, ya, ellos quienes reciban influencias y las asimilen durante largo tiempo, sino que serán ellos quienes influyan en otros y den la norma a seguir.

Parece, al final del siglo XI, vivirse un momento sólido culturalmente, cuyo fin ni siquiera se prevé, y, sin embargo, su estabilidad es ficticia y sus días contados. En un instante desaparecerá todo aquel edificio construido minuciosamente durante el siglo XI. Su brillantez de meteoro pasará por el valle del Ebro dejando una huella duradera, de la que todavía muchos no han querido darse cuenta. Fue todo un siglo de nuestra historia que bien merece conocerse y recordarse. Siquiera sea porque fue en nuestras tierras del Ebro.